Clara Coria

AVENTURAS en la edad de la MADUREZ

Un desafío femenino

ANDROGINIAS 21



CLARA CORIA

AVENTURAS EN LA EDAD DE LA MADUREZ

Un desafío femenino

ANDROGINIAS 21



Dedico este libro a quienes eligen seguir transitando aventuras, decididas/os a invertir energías para inventarse proyectos disfrutable.

Créditos

Título original:
Aventuras en la edad de la madurez - Un desafío femenino

Diseño de cubierta: Pensódromo

Esta obra en el marco de la Comunidad de Editores
(**www.comunidadeditores.com**)

Editor: Henry Odell
e–mail: **henry@pensodromo.com**

ISBN rústica: 978-84-945522-3-6
ISBN ebook: 978-84-945522-4-3

Índice

El espíritu de aventura no tiene edad.
Se nutre de la efervescencia que irradian los desafíos.
La efervescencia no desaparece con la edad
sino con la falta de proyectos.

A modo de introducción

Lo peor es quedarse en el escenario
cuando el acto terminó.[1]

La vida —al igual que el teatro— es una trama que se va componiendo a través de un sinfín de escenas que se representan en el gran escenario por donde transcurre el vivir. Cada una de las escenas pone en juego lo pasado y también lo que subyace al momento presente. Cada personaje contribuye a darle significado a la escena y los actores (tanto en el teatro como en la vida) siempre hacen —inevitablemente— lo mejor que les es posible hacer.

La vida no se cansa de enseñarnos que las escenas terminan en algún momento y se impone una situación de cierre, ya sea porque se incorpora una circunstancia nueva o porque se diluyen algunos de los pilares que sostenían lo que hasta ese momento era considerado «nuestra vida». Con frecuencia sucede que «el fin de la escena» nos toma por sorpresa y, aun cuando sea posible preverlo, casi nunca resulta sencillo poner el punto final, como tampoco lo es incluirse como protagonista de dicho cierre. Suele suceder que cuando insistimos en hacer perdurar lo que ya dejó de ser, el escenario comienza a perder luminosidad y llegamos a desorientarnos al percibir que las luces menguaron, que los demás actores ya se fueron y que el escenario

mismo se convirtió en un espacio sin resonancias. Ha llegado el momento de hacer un cierre, aceptar que la escena ya dio todo lo que podía dar y que inclusive es conveniente cambiar de obra para dar cabida a otros espacios, distintos argumentos y nuevas maneras de hincarle el diente a la vida.

Este libro intenta abordar algunas de las muchas escenas con las que la vida suele sorprendernos cuando ya está promediando el recorrido. La intención es mostrar que todo cierre ofrece la posibilidad de una apertura, siempre y cuando no insistamos en perpetuar situaciones para las cuales tampoco hay actores dispuestos a continuar escenas en las que, de más está decir, ya dieron todo lo que tenían para dar. En esto que conocemos como «vida» resulta ser tan cierto que las escenas se modifican como que también no dejan de sucederse indefinidamente. Y tal vez uno de los aprendizajes más redituables para los humanos consista en aprender a no quedarse último para apagar la luz.

Desearía que este libro pudiera ser leído como un compañero de viaje e interlocutor paciente, por muchas de las que hemos transitado nuestra juventud en el siglo pasado, tan lleno de mandatos, de utopías y de reivindicaciones que se fueron entreverando de las más variadas formas como rizomas inextricables.

Capítulo 1
La edad de la madurez: una gran aventura con cambios posibles

La edad de la madurez es una etapa que comienza a desplegarse al cruzar las fronteras de la mediana edad y que, particularmente en las mujeres, ha adquirido existencia real desde hace poco tiempo. Las generaciones anteriores pasaban casi sin excepción de la juventud procreadora a la madurez contenedora y servicial, casi siempre para satisfacer necesidades y demandas ajenas. Los tiempos han cambiado y con ello también las propuestas sociales para las mujeres. Pero bien sabemos que el ritmo de los procesos subjetivos es más lento que el de los cambios sociales. Estos han impulsado y legitimado nuevos derechos, pero los mandatos tradicionales de la cultura patriarcal, incorporados en la subjetividad, persisten y dificultan armonizar las nuevas propuestas con los «permisos» internos.

No son pocas las mujeres que actualmente se toman la libertad de priorizar sus necesidades pero, casi siempre, con un costo elevado por las culpabilidades que ello les produce, así como también por las contradicciones internas —con frecuencia muy turbulentas— entre los mandatos ancestrales recibidos de la cultura patriarcal y esos nuevos derechos adquiridos. Entre ambos se entablan cruentas luchas en lo más profundo de la subjetividad femenina, lo que contribuye a que la

edad de la madurez se convierta en una gran aventura —y en un enrome desafío— en el intento de disfrutar lo que aún es posible y que en tiempos de nuestras antecesoras era totalmente impensable.

Al enfocar la edad de la madurez como una aventura que ofrece la posibilidad de cambios viables, intentaré poner en evidencia tanto las bondades de los desafíos que generan de excitación vital como los obstáculos que pretenden obturar la posibilidad de mayores disfrutes. Los desafíos y los obstáculos constituyen el foco central de este tema y, cuanto mejor develemos los prejuicios y temores que los acompañan, tanto mejor utilizaremos nuestros recursos para transitar con armonía los cambios posibles.

La edad de la madurez y sus posibles aperturas

Se trata de una etapa de la vida que nos desafía a reinventar horizontes y pone a prueba nuestra flexibilidad para los cambios. Es posible comprobar que la mayoría de las personas que actualmente transitan la edad de la madurez habían ido construyendo desde sus tiempos juveniles —a veces sin plena conciencia— el «guion» sobre el cual instalar los proyectos vitales. Al igual que gran parte de las películas, el guion solía contar con un final previsto y cerrado. Si lo esperable incluía construir una pareja disfrutable, el guion concluía con un final que los encontrara unidos y agradablemente acompañados. La posible ausencia de uno de ellos era una escena que pertenecía a «otra» película que no era la propia. Si en cambio, lo esperable era desarrollar un quehacer laboral satisfactorio, la previsión incluía la culminación del trayecto recorrido sin ningún cambio de ruta. La existencia de «otros» posibles quehaceres y/o espacios diferentes a lo

conocido en el itinerario laboral ya elegido, y sostenido con compromiso y esfuerzos, eran considerados como imaginaciones surrealistas.

Asimismo, en el caso de haber comprometido las energías en la construcción de una familia amplia, lo previsto en el **guion** era el mantenimiento de toda la red familiar sin que se produjeran deserciones. La expectativa de «la vida en familia» no consideraba que los miembros de la misma pudieran terminar repartidos a lo largo y a lo ancho de un mundo que actualmente carece de fronteras.

La realidad de los tiempos actuales dista mucho de los programas vigentes en aquella juventud y se impone la necesidad de revisar esos guiones porque los finales cerrados y previstos ya no son viables, entre otras cosas, porque las garantías no existen. En pocas palabras, independientemente de nuestros deseos, la vida es impredecible y, por eso mismo, suele resultar muchísimo más provechoso estar dispuestos a la apertura de nuevas experiencias. Al cabo de varios años de indagar sobre este tema en los Talleres de Reflexión he podido recoger no pocos comentarios que dan cuenta de las movilizaciones subjetivas que se producen en la edad de la madurez y de los cambios que no pocas mujeres decidieron llevar a adelante. Veamos algunos de estos comentarios:

> *Cuando tomé la decisión de jubilarme antes de la edad obligatoria, me sentí como perdida porque se me abría un horizonte de tiempos disponibles. No sabía lo que quería hacer pero sabía que quería «otra cosa».*

> *Mis hijos ya tienen más de 20 años y cada uno está en lo suyo, en sus estudios y en la vida. Me doy cuenta de que ya no me necesitan pero me cuesta dejar de estar pendiente de ellos a pesar*

de que me vendría bien disponer de esos tiempos ahora que pueden ser totalmente míos.

Las amistades que compartí durante mucho tiempo dejaron de ser acompañantes en la manera de sentir y pensar. No soy la misma y me veo en la necesidad de abrir otros horizontes. Eso me atrae y me asusta al mismo tiempo.

Parte de mi familia me critica porque estoy modificando mis intereses profesionales. Me siento rara haciendo estos cambios y me digo que es una aventura cambiar mi profesión tradicional por esto que es nuevo. Pero gracias a esto nuevo he vuelto a sentirme entusiasmada.

Durante muchos años desplegué mis actividades con éxito. Y ahora que ya soy reconocida y demandada no tengo más ganas de seguir haciendo lo mismo que hacía antes. A veces siento que es como desperdiciar lo sembrado pero lo cierto es que ahora quiero otras cosas, nuevos estímulos y otros desafíos.

Ahora es tiempo de dejar de sostener el hartazgo que me produce cargar con «canastas ajenas» y esperar supuestos beneficios que son ilusorios. Estoy cansada de ocuparme de «todos» y de «todo» por la pretensión de mantenerme vigente.

Nunca imaginé que iba a estar tan contenta conmigo misma haciendo cosas que nunca se me ocurrieron en la juventud porque estaba aprisionada cumpliendo con los compromisos asumidos. Lo siento como una aventura sin necesidad de subir al Himalaya.

A esta edad yo no quiero estar acompañada por alguien porque me necesita sino solo porque ese alguien me quiere. ¿Es mucho pedir?

Pasé los sesenta y ahora me he permitido hacer actividades que disfruto mucho. Me divierto más divertida, me siento más satisfecha y mis antiguos colegas dicen que me ha cambiado la cara. La mayoría quiere pensar que es un nuevo novio el responsable de mi disfrute y no se les ocurre que el motivo soy yo misma.

Estos comentarios provienen de mujeres muy distintas que tienen en común estar transitando la madurez y que han comenzado a reconocer —y a respetar— el deseo de experimentar otras cosas. Algunos de estos comentarios dan cuenta de ciertos deseos juveniles que fueron postergados porque los compromisos de la juventud (y en muchas de ellas la crianza de los hijos) no les dejaba tiempo, tampoco espacio ni energías para satisfacerlos. Otros hacen referencia al deseo de permitirse cambiar una ruta que dejó de ofrecer entusiasmos. Es el caso de profesionales que dieron por concluidas carreras importantes que, si bien fueron muy satisfactorias en su momento, habían llegado a convertirse en rutinas poco estimulantes. Tampoco faltan comentarios que hacen referencia a la necesidad de dejar de hacerse cargo de las «canastas ajenas», de «todo» y de «todos» con la ilusión (por supuesto ilusoria) de que ello les permitiría mantener vigente un protagonismo, generalmente asociado a lo familiar, como el que tuvieron en otros tiempos. Son mujeres que descubren que la insistencia en perpetuar lugares protagónicos propios del ámbito doméstico —que además ya no son necesarios— tiene altísimos costos y ya no ofrecen disfrutes saludables.

Para comenzar es necesario dejar constancia que el tránsito de la vida es una *perpetua aventura* pues el movimiento es constante y hace que todo sea siempre nuevo, poco conocido o totalmente inesperado. Es sabido que la vida cambia permanentemente y que los cambios se instalan sin pedir permiso planteando desafíos en todas las edades; pero, en la edad de la madurez, estos desafíos adquieren dimensiones inesperadas. Las personas que llegan a la madurez en buenas condiciones físicas y psíquicas disponen, paradójicamente, de mucho más tiempo del que disponían en su juventud cuando tenían «todo el mundo por delante».

En las épocas juveniles suele ser difícil disponer con libertad de esa inmensidad temporal porque los compromisos que se van asumiendo, tanto laborales como económicos, familiares, sociales, etc., no dan tregua y el tiempo cotidiano es fagocitado sin piedad. Por el contrario, las ya «maduras», suelen haber concluido con dichos compromisos y una de las preocupaciones reside en hacerse cargo de una disponibilidad espacio-temporal que aún no tiene destino. Son «tiempos disponibles» como surgidos de la lámpara de Aladino, que tampoco fueron anticipados y que presentan el desafío de asumir una libertad para la cual no hubo preparación.

Son tiempos para los cuales no hubo proyectos porque estaban incluidos en un espacio de la vida que había sido previamente descalificado, desvalorizado y vivido como si fuera un estigma. Son los tiempos de la «no juventud» que quedaron marginados del imaginario colectivo por el simple hecho de haber dejado de ser joven. Los tiempos postjuveniles no han sido contabilizados como capital vital porque formaban parte de la marginalidad de la vida.

Es justamente en esta marginalidad donde es posible instalar

nuevamente la vivencia de una aventura hecha a medida, porque no es ninguna novedad que, en las distintas etapas de la vida, la aventura estrena rostros diferentes. *El sentido genuino de la aventura no está en la forma en que estamos acostumbrados a pensarla desde el modelo juvenil sino en su contenido*. Es decir, en lo que genera como energía vital.

Una de las expresiones de dicha energía vital suele aparecer bajo la forma de efervescencia. Ciertamente, la efervescencia de la aventura juvenil es diferente a la de la aventura en la edad madura. Sin ninguna duda, escalar el Himalaya genera efervescencia, pero ello requiere de una potencia muscular propia de la juventud, muy distinta de la potencia de la sabiduría o de la calidad afectiva que es posible lograr con el condimento de los años.

No estamos acostumbrados a pensar que lo esencial de la aventura no está en la forma sino en su contenido. Con sorpresa solemos descubrir que, cuando nos hacemos cómplices de la aventura, la efervescencia que le es propia se mantiene incólume con el paso del tiempo. Me refiero a que *el atractivo de la aventura (cualquiera sea su naturaleza y la forma que adopte) reside fundamentalmente en la excitación que provocan los desafíos frente a lo desconocido, independientemente de las formas que, ellas sí, son las que suelen cambiar con el tiempo*. Esto es válido tanto para la aventura de amar, de indagar en la ciencia, de investigar el espacio interestelar, de dar respuesta a las eternas incógnitas humanas, de inventar maneras distintas de resolver problemas concretos, como así también de animarse a experimentar con uno mismo otras nuevas maneras de vivir y de instalarse en la vida.

El nudo central de la aventura reside en animarse a seguir tomando

desafíos y, con ello, continuar disfrutando del sabor de la efervescencia. Me atrevería a decir que muy probablemente sea esta situación de efervescencia lo que mejor define el «espíritu juvenil», cualquiera sea la edad que se porte.

La aventura de la madurez ofrece la posibilidad de un «segundo tomo»

Como la vida es movimiento y el movimiento —inevitablemente— es cambio, las experiencias del vivir nos presentan situaciones para las cuales siempre respondemos por «primera vez». Gran parte de la vida, por no decir casi toda, fue una sucesión de «primeras veces» y la edad de la madurez no escapa a la regla general. En esta ocasión en que somos distintas aunque sigamos siendo «nosotras», esta «primera vez» se presenta con gran contundencia.

Los cambios son por demás significativos y obligan —a gusto o a disgusto— a repensar la propia identidad, resignificar los deseos, reubicar los objetivos y decidir el empleo y la distribución de las energías disponibles. Vuelve a presentarse un clima de desconcierto comparable al que acompaña el final de la adolescencia cuando, consciente o inconscientemente, las personas se ven obligadas a proyectarse hacia un futuro no conocido. No es descabellado pensarlo como un momento de la vida que requiere, nuevamente, de una «orientación vocacional» frente a preguntas clave que surgen irresistibles como en el pasado: «¿Quién soy yo ahora? ¿Qué quiero? ¿Qué puedo? ¿Qué hago con todo el espacio-tiempo (infinito para la juventud y claramente finito para la madurez) que se me presenta de acá en más?»

Con la idea de reinstalar la aventura en la edad de la madurez podemos imaginarnos, y suponer, que entre muchas otras cosas, es posible comenzar a transitar un «segundo tomo» de la historia personal que esté mucho más orientado a satisfacer anhelos íntimos que al cumplimiento de los mandatos recibidos y de los imperativos de los proyectos juveniles.

Afortunadamente, este «segundo tomo» no cuenta con el manual de instrucciones que en la juventud venía adosado por *default* con la cultura y el tiempo que a cada cual le tocó vivir. En aquellos tiempos de iniciación, la vida empujaba hacia lo desconocido como lo más natural, irreversible e insoslayable. Los años juveniles son de puro aprendizaje forzado. En ellos, organizar proyectos que mantuvieran cierta estabilidad en medio de la turbulencia vital era todo un malabarismo. Suele ser una etapa bastante caótica y sin embargo no son pocos los adultos que terminan idealizándola porque, entre otras cosas, la enorme cantidad de desafíos —la mayoría de ellos inevitables— produce también un grado de efervescencia excitante y atractiva. En pocas palabras, y como ya lo vimos, *lo que hace de la aventura una experiencia atractiva y vigorizante reside en la efervescencia y excitación que promueven sus desafíos*.

En los años de madurez, los desafíos son otros. Ya no se trata de responder a los mandatos recibidos ni tampoco de rebelarse abiertamente para demostrar que la vida y el mundo pueden —o deberían— ser diferentes. Es una etapa de culminaciones y la efervescencia ya no es producto de las luchas vitales, sean estas individuales o colectivas, sino de una construcción laboriosa que en esta edad tiene otros objetivos. Los desafíos excitantes de las edades maduras respiran otros aires, tienen otras fuentes de inspiración, requieren otras habilidades y se plantean otros destinos. En algún

sentido es un «volver a empezar». No se trata de reproducir un pasado pretendiendo actualizarlo con la cosmética de los nuevos tiempos. La vida sigue su curso y ello requiere transitar nuevas y distintas experiencias porque ahora —para bien o para mal— ya no somos las de ayer. Son épocas diferentes que no invalidan la pretensión de seguir disfrutando de la efervescencia y excitación que promueven los desafíos porque *la efervescencia no desaparece con la edad sino con la falta de proyectos*.

A pesar de la mala prensa que suele tener lo desconocido, es justamente la ausencia del «manual de instrucciones» lo que ofrece la oportunidad de experiencias nuevas y diferentes que impriman un sello más personal y menos condicionado por los mandatos y expectativas del entorno. Es aquí donde comienza a vislumbrarse la posibilidad de transitar la edad de la madurez como un «segundo tomo» que incluya desafíos que estén insertados en un devenir que, en lo posible, haga todo lo que esté al alcance para jerarquizar lo lúdico.

Algunos obstáculos que dificultan transitar con satisfacción el «segundo tomo»

La marginalidad existencial

El primer obstáculo al que haré referencia es la descalificación que la sociedad hace de la madurez y la vivencia subjetiva de marginalidad existencial que resulta de dicha descalificación.

La acumulación de edad es vista por nuestras sociedades actuales como un hándicap lamentable que merece descalificación. Nuestras culturas instalan a la edad de la madurez —y a quienes la transitan— en

un espacio marginal, como si fuéramos ciudadanos de segunda, condenándonos a ocupar un lugar de invisibilidad que poco a poco se desliza hacia la marginación. Es una forma de maltrato sofisticado e insidioso que, al promover una vivencia subjetiva de *marginalidad existencial*, afecta la autoestima. Se trata de una descalificación que se ha naturalizado y por lo tanto deviene invisible. De esa manera termina convirtiendo a las personas maduras en material descartable. El efecto más pernicioso de esta descalificación sociocultural reside en un proceso subjetivo de *autodescalificación* que poco a poco se va infiltrando en lo más profundo de la subjetividad.

Tal es el terror que genera la acumulación de la edad, que hasta los que recién están llegando a los 20 años empiezan a temer el paso del tiempo. En lugar de considerar que cada tiempo posible de vivir es el capital más genuino con el que cuentan los humanos para desplegar sus experiencias, lo viven como si estuvieran gastándose los únicos ahorros con los que cuentan.

Esta manera de entender la economía vital lleva a vivenciar el paso del tiempo como una eterna pérdida imposible de capitalizar. Es un tipo de «contabilidad vital» que tiene por objetivo la pretensión ilusoria de detener el movimiento y hacer del tiempo algo factible de ser controlado y dirigido. Sin duda alguna se trata del peor negocio para con la vida porque como todo el mundo sabe (aunque casi siempre se lo niega) con esta pretendida carrera contra el tiempo se cae en un callejón sin salida: se añora el pasado que ya no es, se elimina el futuro que es vivido de forma amenazadora y se pierde el presente, que es el único bien disponible.

En las edades maduras, los cambios físicos son más que evidentes y la mirada peyorativa con la que se los abarca contribuye a enfatizar la

resistencia de las personas para aceptarlos con naturalidad y creatividad. Estos condicionamientos sociales, entre los cuales el más insidioso consiste en que deberíamos pretender ser más jóvenes a medida que envejecemos, convierte a la aventura de vivir el presente de la madurez en un desesperado afán por intentar hacer una mala copia del pasado.

La incertidumbre instalada como fantasma

La vivencia de marginación existencial generada y alimentada por la descalificación sociocultural no es el único obstáculo con el que tropiezan aquellas personas que desean sacarle provecho a la vida en los años de la madurez. Existen muchos otros que adoptan diversos formatos, como por ejemplo: los prejuicios, los dogmas internalizados, las idealizaciones de lo que «no se tiene», las ilusiones ilusorias, las rigideces acerca de que habría «una sola manera» de transitar el futuro, la importancia asignada a «la mirada de los otros», el temor a perder espacios conocidos, la seguridad de supuestas garantías, etc. Si la propuesta es pensar en la posibilidad de un «segundo tomo» que pudiera incluir la aventura asociada a la efervescencia que generan los desafíos ante lo no conocido, estamos obligadas a incluir a la incertidumbre como un elemento sustancial de la aventura. Y es justamente aquí donde aparece un obstáculo de envergadura que consiste en la dificultad para tolerar la incertidumbre. Es decir, aceptar la sensación de inestabilidad que se produce al desviarse de los cauces conocidos, predeterminados y supuestamente garantizados.

Es sabido que la incertidumbre es una compañera inevitable del devenir humano. Sin embargo, suele tener muy mala prensa. El simple hecho de no contar con certezas suele ser vivido como algo terriblemente peligroso. No resulta fácil abordar este tema sin quedar

atrapada en un discurso demasiado abstracto que nos aleje de su comprensión a los fines prácticos. Por ello, me propuse buscar un elemento concreto con el cual comparar los grados de salubridad o insalubridad de la tan temida incertidumbre. En ese sentido, podríamos identificarla con la sal. La sal es un elemento importante en la nutrición y tiene la particularidad, entre otras, que su ausencia hace de lo ingerido algo insípido pero su exceso lo vuelve indigesto. O sea que tanto la sal como la incertidumbre requieren ser incorporadas en la medida apropiada para cada cual, pero en ningún caso rechazadas de plano. Probablemente, una manera de abordar este conflicto consista en dejar de considerar a la incertidumbre como una enemiga y aprender a discernir hasta dónde resulta liberadora y en qué momento se convierte en algo perjudicial.

¿No será que la mala prensa de la incertidumbre esconde algo mucho más temido? Lo que resulta llamativo es que promueva tanta inquietud teniendo en cuenta que es relativamente controlable porque cada cual puede incorporarla en el grado que lo considere conveniente.

Esto lleva a pensar que, muy probablemente, el temor a la incertidumbre es solo una pantalla que encubre otro temor que, ese sí, es realmente cierto e inmodificable. Me refiero a la vulnerabilidad propia del ser humano. En un recién nacido la vulnerabilidad se presenta con todo su despliegue y resulta demasiado evidente, pero con el correr del tiempo los adultos tienden a invisibilizarla. Queda cubierta con una espesa niebla. Lo cierto es que la vulnerabilidad sigue presente por debajo de la niebla. No se la ve pero está. No es difícil pensar que la dificultad que tenemos los humanos para aceptar dicha condición que nos es propia propicia su negación y promueve mecanismos defensivos para evitarla. Así, podemos afirmar que la incertidumbre tiene mala

prensa porque es la que más abiertamente evoca la fragilidad y la vulnerabilidad humanas.

Pero la vida sigue siempre su curso a pesar de las vulnerabilidades porque junto con ellas también se construyen los recursos para transitarlas. Por lo tanto, una manera de seguir andando es aceptar que el devenir es incierto y que parte de lo incierto es lo que da cabida a la aventura. La edad de la madurez es una nueva oportunidad para indagar otras experiencias fuera de lo supuestamente predeterminado por el curso anterior. La propuesta de un «segundo tomo» requiere tolerar algún grado de incertidumbre que no es ni más ni menos que la que siempre estuvo presente desde el comienzo de la vida, incluso en los proyectos más tradicionales.

Capítulo 2
Sobreadaptación y aventura: un conflicto a resolver

Descorriendo velos

> *Pertenecemos a una generación que tenía un mandato prolijo: debíamos ser —y lo intentamos— las mejores hijas, las mejores esposas-amantes, las mejores madres, las mejores profesionales, etc. Y ahora no siempre tengo ganas de cuidar nietos, ni de escuchar los problemas de los demás y me gusta estar sola, mirar películas y rascarme el ombligo. Ya demostré acabadamente quién soy como persona. Lo que me queda de vida, intento que sea mío, disfrutándolo con lo que me venga en gana: viajando, comprando, paseando, o así sea mirando el techo una semana. ¿Se entiende?*

Sin lugar a dudas es un comentario que sale de lo más profundo de las vísceras. Es el grito de la sobrecarga por todas las perfecciones que nunca alcanzaban para satisfacer las demandas sociales con las que siempre las mujeres quedaban en deuda. Es el clamor de una rebelión que finalmente llega sabiendo que es un poco tarde pero que bien vale la pena «más tarde que nunca». En este contexto, me animo a decir que la experiencia de perfección ha sido una estrategia de poder para mantener

al género femenino demasiado atareado en la consecución de una meta inalcanzable.

Ser mujer en la cultura patriarcal ha sido una tarea ímproba porque había que demostrar que se era merecedora de reconocimiento social. Había que saber cuidar a los seres queridos (y a muchos otros), cocinar para garantizar una buena sobrevivencia, amar con eficacia para no perder la pareja, sostener afectivamente para evitar desmoronamientos, ceder lugares protagónicos para no ensombrecer a otros, mantener un rostro sonriente como ilusión de esperanzas, privilegiar las necesidades ajenas, etc. Todo esto y mucho más era necesario llevarlo a cabo con la máxima eficacia y, para poder cumplir con semejante programa, *las mujeres inventamos la sobreadaptación… a la medida de la sobredemanda*.

En la edad de la madurez suele suceder que se produce un descubrimiento que sorprende. Consiste en comprobar que muchas de las adaptaciones necesarias para llevar adelante con responsabilidad y afecto los compromisos asumidos se pasaron de la línea, se excedieron en lo que se suponía era una buena adaptación y cayeron «disimuladamente» en la sobreadaptación. Este descubrimiento es uno de esos «eurekas» que irrumpen inesperadamente en la vida y generan una enorme conmoción e impacto al descubrir las múltiples sobreadaptaciones que marcaron el tránsito vital en la juventud y temprana madurez. Fueron sobreadaptaciones que adoptaron las más diversas formas. Desde la sobreexigencia por «cumplir 10 puntos» con todo, pasando por «aguantar» en aras del amor, hasta el convencimiento de que «no era ingrato» lo que en realidad desagradaba e incomodaba porque total, como frecuentemente se escuchaba: «no me cuesta nada». Entre uno y otro extremo hay un sinfín de situaciones que comprometen

gran parte de las energías femeninas, ocasionando un «súper desgaste» que en la mayoría de los casos es innecesario.

En la actualidad, es posible comprobar que muchas de las mujeres que están «más allá» de la mitad de la vida han llegado también a estar «más allá» de los mandatos sociales que aceptaron obedientemente en pos de cumplir con lo que la sociedad les requería para sentirse reconocidas y merecedoras de «un lugar en el mundo». Veamos algunos comentarios de mujeres que ya pasaron la juventud y dan cuenta de sus descubrimientos:

> *No soy la misma de antes ni lo quiero ser. Cuando recuerdo la tarea ciclópea de mis épocas juveniles para criar los hijos, crecer en mi profesión, consolidar la vida familiar, tratar de no descuidar la relación de pareja y todo eso en medio de las vicisitudes económicas, me sorprendo de mi capacidad para responder a los compromisos asumidos. Ahora, bien o mal, ya cumplí con todo y quiero darle espacio a esta que soy yo ahora. Ya me harté de adaptarme a lo que «debía». Ahora simplemente quiero ser yo.*

> *En mi segundo matrimonio me desviví por satisfacer los gustos de los hijos de mi marido, creyendo que así iba a conquistar el afecto de todos. Con el tiempo me di cuenta de que fue una sobreadaptación, que no era necesario que lo hiciera y que desgastó mis energías.*

> *Es cierto que cada una de nosotras somos «muchas más» de la que creemos ser y también de las que hemos puesto en práctica o nos fue permitido expresar. En esta época de la vida se me ofrece la oportunidad de explorar esas «otras» y permitir que se expresen, aprovechando el tiempo que está disponible… y el que aún queda.*

Estos comentarios, aunque muy diversos entre ellos, son por demás elocuentes. Nos hablan de adaptarse a lo que «se debía», a responder al mandato familiar, a excederse en atenciones para ser querida, a funcionar por *default* —igual que en los programas informáticos— como estaba previsto en el medio en el que crecieron. Hacen referencia a distintas situaciones de la vida en las que ha predominado lo que se creía que era «el deber ser» por encima del sentido común, de las necesidades personales, los deseos propios e incluso los esfuerzos excesivos en pos de «adaptarse» a lo que los demás esperaban, como así también a lo que ellas suponían que les correspondía hacer. Son comentarios que descorren los velos de la sobreadaptación y nos permiten ir destejiendo la compleja trama con la que el modelo de la sociedad patriarcal la ha naturalizado.

Sobreadaptación como destino

La vida es un complejo entramado donde los seres humanos tejen sus redes para adaptarse a navegar sus turbulentas aguas de la manera más provechosa posible. Y, en pos de dicho acomodo, la capacidad de adaptación es, sin duda alguna, uno de los mejores recursos con que cuentan los humanos. Con la intención de evitar confusiones, creo conveniente marcar las diferencias que existen entre diversas maneras de adaptación.

Un primer tipo de adaptación se refiere a aquellas que son *adaptaciones inevitables*; fueron impuestas por circunstancias de la vida y no queda más remedio que aprender a remar contra corriente con la esperanza de llegar a una orilla protectora. Es el caso de tener que adaptarse a limitaciones personales más o menos graves, a siniestros naturales, políticos, socioculturales e incluso, en términos menos

dramáticos, a las limitaciones que con el paso de los años la naturaleza impone a los humanos. Se trata de situaciones que se imponen por fuerza de las circunstancias independientemente de los deseos personales.

Un segundo tipo de adaptación es aquella que deviene como consecuencia de las elecciones personales. Son *adaptaciones elegidas* porque surgen de los compromisos asumidos por decisiones propias. Así, resulta necesario adaptarse a los inconvenientes que genera el tránsito del proyecto elegido. Por ejemplo, entre muchas otras elecciones, podemos hacer referencia a las dificultades que generan las migraciones llevadas a cabo sin ninguna otra presión que el deseo personal, a las molestias que ocasiona la crianza de los hijos, a la gran tarea que implica aprender a vivir con un «otro» en el caso de elegir una pareja, así como también sostener los esfuerzos necesarios para llevar adelante los proyectos y ambiciones personales. Es sabido que se requiere no poca adaptación para que los resultados —de cualquier tipo de proyecto— sean satisfactorios pero el esfuerzo por intentarlo se halla ampliamente compensado. Ante todo porque se trata de un deseo elegido con el que se pretende una mayor expansión y enriquecimiento de la experiencia de vivir.

En consecuencia, tanto la adaptación inevitable como la adaptación elegida son situaciones conocidas por todos y que no presentan mayores dificultades para coincidir en que tienen la particularidad de ser adecuadas a las circunstancias y altamente saludables.

Pero hay un tercer tipo que se presenta como adaptación cuando en realidad ha sufrido un proceso de mutación. Me refiero a la *sobreadaptación*, que se caracteriza en que la disposición para adaptarse suele ser excesiva y recae en beneficio de otro a expensas de

quien se «adapta». Una de sus particularidades es que suele pasar inadvertida porque ha sido naturalizada por la cultura patriarcal. Es el caso de las personas (no pocas son mujeres) que se «acomodan» a lo que otros desean aunque dichos deseos vayan en contra de los suyos, o que se convencen de que es bueno «dar el gusto» para mantener la armonía (creyendo que dicha armonía es de su exclusiva responsabilidad), o que se desviven por adelantarse a los deseos ajenos como si eso fuera una expresión de amor, o que toleran quedarse «con los restos» de la comida, del dinero, de los tiempos disponibles, de los espacios donde desplegar algo propio, etc.

Este supuesto tipo de adaptación deja de estar al servicio de la salud para transformarse en una sobreadaptación cuyo costo es siempre unilateral. Se trata de una sobreadaptación en la que se jerarquiza el deseo ajeno. Es así como muchas mujeres, convencidas de que la paz depende de su generosidad, ceden espacios para beneficios ajenos, aceptan postergaciones innecesarias, ocultan sus pensamientos por temor a molestar, se acomodan a gustos que no responden a sus necesidades, multiplican sus tiempos y energías haciendo malabares para aliviar las tareas ajenas, absorben demandas exageradas llegando a sentirse mal si no logran cumplirlas y suelen transitar sus vidas anteponiendo en orden de preferencia el eje del otro. En estas situaciones no se trata en absoluto de adaptarse a las necesidades de la vida y sus circunstancias sino de ponerse al servicio del deseo y necesidad de quienes la circundan. Se trata de una sobreadaptación que se pone en marcha como si fuera «natural» y estuviese determinada por el ADN femenino.

En pocas palabras, la sobreadaptación no es una respuesta adecuada a las circunstancias, como es el caso de las adaptaciones descriptas con

anterioridad, y poco tiene de saludable. Entre otras cosas porque va generando «facturas subjetivas» que corroen el destino de los vínculos.

Origen, objetivo y costos de las diversas adaptaciones

Las diferencias señaladas anteriormente muestran con claridad que cada una de ellas tiene un destino muy diferente. Sin embargo, no siempre es posible diferenciarlas con precisión. Por eso, para borrar cualquier posibilidad de duda, resulta muy esclarecedor poner en evidencia que existen tres puntos que son clave para diferenciarlas. Estos tres puntos son: el del *origen* que desencadena la actitud de adaptación, el del *objetivo* de lo que se espera lograr con dicha actitud y, por último, el de los *costos finales* por los esfuerzos invertidos. Como veremos a continuación, los orígenes tienen distintos puntos de partida, los objetivos responden a necesidades que no siempre son solidarias y los costos difieren según quién los asuma. Veámoslo con mayor detalle.

Es sabido que adaptarse en aquellas situaciones impuestas por las circunstancias al margen de nuestros deseos no es lo mismo que invertir los esfuerzos para lograr algo que fue elegido como un proyecto personal. Los grados de libertad en uno y otro caso son muy diferentes. Mientras en uno el esfuerzo está impuesto por la necesidad de supervivencia, en el otro está impulsado por el entusiasmo y estímulo que generan los deseos puestos en marcha.

En la *sobreadaptación*, a diferencia de los anteriores, se ha producido un fenómeno por el cual la adaptación está exacerbada y tiene por objetivo primordial tratar de complacer. Es posible suponer que ese afán responde a la esperanza (consciente o inconsciente) de hacerse

merecedora de aceptación, reconocimiento y amor. En algunos casos también es posible comprobar que existe el deseo de volverse imprescindible, como si con ello fuese posible garantizarse un amor vitalicio. La sobreadaptación es un comportamiento que, si bien no es privativo del género femenino, entre las mujeres adquiere una enorme relevancia y persistencia. Como veremos más adelante, los costos de la sobreadaptación son altísimos y se caracterizan, entre otras cosas, por enfatizar la dependencia y corroer la autoestima.

Cuando se hace de la necesidad virtud

Hay momentos en que las personas atraviesan situaciones difíciles, ingratas o desagradablemente imprevistas. Hay quienes quedan atrapadas bajo el manto de la dificultad que dichas situaciones imponen pero también las que convierten las dificultades en un desafío que estimula inventivas vitales. En este último caso, se jerarquiza la propia necesidad de resolver saludablemente los obstáculos. Pero es importante destacar que existe una manera insidiosa y profundamente insalubre para el género femenino, que consiste en creer que adaptarse a los deseos y necesidades ajenas es una de las mayores virtudes de la feminidad. Es aquí donde se produce el fenómeno de sobreadaptación. Veamos a qué me refiero.

Sabemos que el reconocimiento personal y social es uno de los sostenes de la propia valoración y que suele tener orígenes muy diversos. Para el género femenino, el tan buscado «reconocimiento» llegaba como un premio por haber sido capaz de cumplir con el ideal maternal construido por el patriarcado que estuvo caracterizado por la abnegación, el altruismo y la incondicionalidad.[2] Dicho ideal está instalado en la cultura y su aplicación no solamente abarca la protección

de la prole sino que extiende sus entregas a todo lo circundante. La manera más elocuente de responder a él es estar siempre dispuesta a ponerse al servicio ajeno a expensas propias, como si eso fuera «natural».

La sociedad patriarcal hizo de la sobreadaptación una virtud femenina y con ello dio legitimidad a nuevas formas de sometimiento en nombre del amor. La expresión «hacer de la necesidad virtud» (que fue acuñada por las feministas españolas de los años ochenta) da cuenta con total claridad de uno de los tantos mecanismos sociales para mantener a las mujeres bajo su dominio al intentar convencerlas de realidades ilusorias, por ejemplo —entre muchas otras—, la tan difundida de que el trabajo doméstico es propio de una reina, ya que, como todo el mundo sabe, «las mujeres son las reinas del hogar».

La sobreadaptación naturalizada: «El silencio es salud»

En las épocas oscuras de la dictadura en Argentina, el gobierno de facto hizo circular una frase que, «con las mejores intenciones», encubría las intenciones más nefastas. Esa frase fue «El silencio es salud». Igual que en aquellas épocas, el «silencio» de la sobreadaptación, convertida previamente en virtud y naturalizada como tal, fue uno de los recursos más sofisticados de poder patriarcal.

La sobreadaptación femenina —al igual que cualquier otra— responde a este juego siniestro de palabras. Cuando se corren los velos que la disfrazan de virtud, es posible comprobar que sus costos son muy altos. Estos suelen pasar inadvertidos porque, como ya he señalado, la sobreadaptación se ha naturalizado. Todo el mundo sabe que no existe

nada que no genere costos[3]. Si hacemos o dejamos de hacer algo, los costos serán diferentes pero no por ello inexistentes. Sin embargo, suele difundirse la creencia de que son menores los costos cuando «una se porta bien» y responde a las expectativas ajenas. Suele suceder que en los comienzos de la sobreadaptación, los costos pasan inadvertidos hasta que después de un tiempo (que suele ser extenso) hacen eclosión y se manifiestan a través de enfermedades, grandes insatisfacciones y no menores desilusiones.

No son pocas las sorpresas con las que nos encontramos cuando corremos los velos de la naturalización con la que se ocultan los comportamientos femeninos de la sobreadaptación. La primera de ellas es comprobar que termina siendo una manera sofisticada y disimulada de la *dependencia*. Sobreadaptarse obliga a estar pendiente y «estar pendiente» es la manera más concreta y simple en que se expresa la «dependencia». En otras palabras, en la dependencia, el eje del propio accionar se traslada al eje de aquel a quien se toma como referencia y que es quien termina orientando el camino a seguir. La sobreadaptación hace de la dependencia una manera de vida donde la propia mirada es atravesada por las necesidades y deseos ajenos.

Esta manera de tomar el eje ajeno como si fuera el propio, y convertirlo en punto de referencia, profundiza necesariamente las inseguridades y con ello se va instalando un estado de ilegitimidad al interior de la propia subjetividad. En otras palabras, todos aquellos deseos, anhelos y modalidades propias que no coincidan con los deseos ajenos o puedan ser cuestionados por el entorno terminan siendo considerados «ilegítimos» y arrojados al arcón de las cosas escondidas a la espera de que otros «nos den permiso» y de esa manera, legitimen nuestros deseos. Es así como la legitimación ajena termina

reemplazando a la propia y con ello se va construyendo un basamento subjetivo muy frágil.

Esta fragilidad alimenta, necesariamente, un círculo vicioso porque la falta de legitimación propia obliga a buscarla fuera de una misma y, en estas circunstancias, no pocas mujeres se ven necesitadas de reforzar la sobreadaptación para compensar sus inseguridades. Suele suceder que algunas de ellas hacen propios los mandatos patriarcales y llegan incluso a considerar —y a convencerse de— que la práctica de sobreadaptarse es una virtud. Nuevamente nos encontramos con eso de «hacer de la necesidad virtud».

La sobreadaptación construye vacíos y esos vacíos instalan soledades

Siguiendo con las sorpresas, no resulta extraño descubrir que, con el paso del tiempo, la sobreadaptación suele acumular malestares que van adoptando una forma de *aburrimiento vital*. Es un aburrimiento que surge de la insistencia en responder a un eje que no es el propio, lo cual conduce a transitar caminos de vida carentes de sustento personal y, por lo tanto, vacíos de sentido. La acumulación de vacíos termina instalando profundas vivencias de soledad que adquieren un peso enorme porque se trata de la falta de compañía más vital y necesaria, que es la de sí misma.

Este tema suele suscitar confusiones porque «la compañía» suele estar asociada casi inevitablemente con la presencia física de «un otro». Sin ninguna duda, la posibilidad de compartir saludablemente con otros los momentos de la vida ofrece muchas satisfacciones, pero se trata de dos compañías diferentes.

La compañía de sí misma es una compañía vitalicia que siempre estará donde vayamos y que por eso mismo disminuye los temores y permite transitar horizontes que pueden despertar nuestro interés. La compañía de «un otro» (y siempre se deberían evitar las presencias nocivas) suele ser transitoria y, en el mejor de los casos, dura mucho tiempo pero estará condicionada también por las propias necesidades y deseos de dicho acompañante. La confusión proviene de descreer en la propia compañía y darle legitimidad solamente a la presencia de «ese otro» a quien se le asigna el privilegio de neutralizar nuestros temores y/o satisfacer nuestras necesidades. En otras palabras, la sobreadaptación, que jerarquiza el eje ajeno como punto de referencia, es una gran soledad disimulada por una compañía inexistente.

La sobreadaptación acumula «facturas» que alimentan hartazgos

La vida cotidiana no se cansa de mostrarnos que los desagrados que aceptamos a nuestro pesar quedan registrados en un «libro de quejas» que está guardado con esmero en lo más profundo de nuestra subjetividad. Es sabido que lo que fue aceptado a desgano pasa a engrosar la «lista negra» de los reclamos a futuro como si fueran facturas impagadas. Cuando hablo de «facturas» me refiero a esa cantidad de malestares y enojos que se van acumulando durante años de convivencia en que la actitud solícita por parte de algunas mujeres no tuvo la reciprocidad esperada en sus compañeros. A menudo se trata de malestares que no fueron registrados en su momento conscientemente pero que dejaron sus huellas y con el paso del tiempo se hacen presentes y toman cuerpo en forma de reclamos. Con frecuencia son reclamos que ya perdieron vigencia pero que sin embargo fueron

asentando un registro en la subjetividad femenina como «facturas impagadas». No resulta extraño que muchas de esas «facturas» provengan de las épocas en que había el convencimiento de que las entregas incondicionales eran la mejor forma de amar y que en consecuencia serían retribuidas, también incondicionalmente, cuando llegara el momento.

La convicción de que «el amor con amor se paga» era una de las tantas supuestas certezas que marcó el camino para la sobreadaptación de no pocas mujeres. Pasada la edad media de la vida, una cantidad considerable de ellas toma conciencia de que la sobreadaptación consume una enorme cantidad de energías que pueden empezar a tener un mejor destino en pos de una mayor calidad de vida. Y ello sucede justamente —y no por casualidad— en el momento en que se hace cada vez más evidente que las energías disponibles se convierten en «material no reciclable». Por lo tanto, es un momento más que pertinente para poner en marcha un proceso que vaya eliminando sobreadaptaciones.

De cara al sol

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, los costos de la sobreadaptación son altos y no es para desdeñar permitirse en esta etapa de la vida la aventura de enfrentar el desafío de generar los cambios que estén al alcance. Como cierre, propongo utilizar una imagen un poco romántica pero muy elocuente. Si caminamos tomando como punto de referencia nuestro propio eje, estaremos transitando de cara al sol. Pero, cuando tomamos como referencia un eje ajeno, quedamos bajo el influjo de la sombra que dicho eje proyecta, como si camináramos a espaldas del sol, con una sombra por delante, que es la del eje ajeno. Las sobreadaptaciones, que han marcado la vida de no

pocas mujeres durante tanto tiempo, funcionan como si fuesen esas sombras que marcan el camino, instalándose como guías y garantes de «nuestro» proyecto vital… que fue diseñado por otros.

La edad de la madurez es un momento espectacular para marchar con desenvoltura de cara al sol dejando la sombra a nuestras espaldas. Ni ancladas en las huellas del pasado ni creyendo que se está a la deriva por la falta de una ruta ya marcada. Simplemente navegando, abiertas a los panoramas con que la vida tenga a bien agasajarnos. Muchas de las mujeres que están en la edad de la madurez entendieron que no son imprescindibles, que no hace falta seguir acomodándose para acallar sus diferencias y que no es necesario seguir sobreadaptándose. También comprendieron que tienen derecho a tomar posesión del tiempo, de los espacios y de las energías que antes estaban entregadas incondicionalmente en aras del amor y de una supuesta armonía sostenida unilateralmente. Es un momento para legitimar los propios deseos y disfrutar de la propia compañía, además de compartir otras que sean realmente saludables. En esto consistiría, a mi entender, una de las mayores aventuras en la edad de la madurez.

Nota aclaratoria

Con el deseo de ampliar el significado del «ideal maternal» al que hice referencia a lo largo de este libro —para quienes aún no hayan tenido información sobre dicho tema—, me voy a permitir reproducir algunos de los párrafos del texto que figura en el capítulo 3 de mi libro *El sexo oculto del dinero*[4].

> *El ideal maternal es el modelo que la sociedad patriarcal ha propuesto para la mujer como base de su identidad de género. El*

sistema patriarcal ha instalado la identidad femenina sobre la base de las características asignadas a la maternidad. Transformado en ideal colectivo, es incorporado a la subjetividad de manera inconsciente. Es un modelo que esgrime el biologismo para enarbolar las banderas del esencialismo. […]

La maternidad es un fenómeno complejo que incluye por lo menos dos funciones: la función biológica (gestación, parto y lactancia) y la función social (crianza de la prole). La ideología patriarcal tiende a reducirla a su función biológica y otorgarle un carácter «natural». De esta forma le atribuye a la mujer una responsabilidad exclusiva y excluyente. […]

Es cierto que los individuos nacen biológicamente con un sexo generalmente definido. Y, salvo excepciones, se nace macho o se nace hembra. Pero no es cierto que el género sexual (es decir masculino-femenino) sea inequívoco y universal. Sabemos ya, sin lugar a dudas, que mientras el sexo está determinado biológicamente, el género lo está culturalmente. […]

Estos temas han sido ampliamente desarrollados por estudiosas en las ciencias sociales… […] Sin embargo, a pesar de los datos irrefutables que nos brindan, persiste insistentemente una confusión entre género y sexo. Esta confusión, entre otras cosas, lleva a identificar lo «femenino» con lo «maternal», perpetuando el consenso de que ser mujer es equivalente a ser madre. Pero no cualquier madre. Una madre buena, desinteresada, abnegada e incondicional. Esta identificación no es inocua y acarrea serias consecuencias que perturban y condicionan la adquisición del género femenino.

A partir de la identificación mujer-madre, los atributos adscriptos a la maternidad son transferidos a la mujer. De esta manera, actitudes tales como la tolerancia, la paciencia, la generosidad, el renunciamiento, la entrega, la bondad, la dedicación, que son los atributos de una «buena madre», terminan siendo las expresiones más acabadas de la feminidad.

Estos atributos caracterizan una maternidad que, además, es concebida como la expresión de un amor incondicional, altruista y abnegado. De un amor inequívoco, libre de ambivalencias, resentimientos e intereses personales. […]

Concebir que una mujer es igual a una madre, a una «buena madre», implica entre otras cosas, transformar a la maternidad (y todos sus atributos) en lo «esencialmente femenino».

Al proponer y sostener que la maternidad constituye la «esencia» de la feminidad, se convierte a la primera, automáticamente, en el referente principal de la identidad de género. Es decir, una mujer será considerada tanto más femenina —según esta ideología— cuantos más atributos maternales caractericen su comportamiento. De esta manera, se garantiza su género. […]

Resulta obvio, en consecuencia, que uno de los mayores riesgos para la «feminidad» de una mujer es no responder a la imagen maternal que se espera de ella. Una mujer entra en conflicto con su imagen maternal cuando, por ejemplo, defiende un interés personal sin anteponer el bienestar de otros a expensas del propio, como sería esperable según el ideal maternal de la ideología patriarcal. O cuando es capaz de ofrecer sus servicios a cambio de una retribución. O cuando pretende requerir condiciones que resguarden sus intereses. O cuando expresa abiertamente sus

ambiciones. Estas actitudes resultan opuestas e incompatibles con los atributos que mejor representan la imagen de «buena madre». Son actitudes que se oponen al altruismo, la incondicionalidad y la abnegación. […]

Este modelo se convierte en paradigma de la feminidad, paradigma transmitido a través de múltiples canales socioculturales, de los cuales la educación es uno de los más sutiles y efectivos. En forma paulatina y progresiva, este paradigma va generando estereotipos en los individuos, los cuales se incorporan de manera inconsciente al psiquismo y crean condicionamientos que afectan profundamente a los dos sexos.

Mientras promueven la dependencia en las mujeres, generan serias restricciones en el manejo y la expresión de los afectos en los hombres.

Tal paradigma de la feminidad (como cualquier otro) define con toda precisión las pautas que sirven de referencia al comportamiento social. Y en la medida en que dichas pautas son respetadas, el paradigma se refuerza.

Capítulo 3
La aventura de «pasar la posta»

Un final de escena

El advenimiento de una tercera generación suele ser, además de un motivo de alegría, un momento que genera un cimbronazo conmovedor en la propia identidad de quienes acaban de acceder a la abuelitud. Ello produce, necesariamente, un cambio sustancial en el escenario por el que transitaba la vida y obliga a revisar los protagonismos que sostenían la red habitual de intercambios. Es el momento en que algunos de los roles asumidos como progenitores frente a los propios hijos han llegado a su punto de culminación y deben ser puestos de lado y/o modificados sustancialmente.

Son tiempos de cambios para la primera y segunda generación. Para la primera generación en particular se trata de uno de esos momentos de la vida en que, a gusto o a disgusto, acaba de bajarse el telón sobre una obra conocida y que, como lo anticipé en el comienzo de la introducción de este libro «lo peor es quedarse en el escenario cuando el acto terminó». Sin embargo, no suele resultar fácil bajarse del escenario porque, aunque los cambios son obvios, no dejan por ello de resultar sorpresivos.

Es posible comprobar que esta nueva situación ejerce mucho mayor impacto en las madres que en los padres. En la mayoría de ellas se pone claramente en evidencia que es inevitable dar «un paso al costado» para dejar espacio a los propios hijos que han cambiado, ellos también, su estado en la vida. Llegan aires de cambio y ello requiere soltar hábitos y rescindir los espacios de poder (reales o imaginarios) que ejercían sobre los propios hijos. Ahora más que nunca se pone en evidencia que ellos, por mucho que los conozcamos, son «otros». Y esa «otredad» encuentra una gran oportunidad para desplegarse ante la responsabilidad de su propia prole.

Esta nueva y excepcional situación genera mucha desorientación en aquellas mujeres que asumieron plenamente el ejercicio maternal con todas las complejidades inherentes a la crianza y, mucho más, cuando la práctica concreta de dicho «maternaje» fue poco compartida con sus parejas. Es una situación que conlleva una intensa «movida de piso», para la cual con frecuencia no suelen estar preparadas. Veamos algunos comentarios que dan cuenta de esto.

> *Ahora que mis hijos comenzaron a formar sus propias familias me toca cambiar no solo la escenografía de la obra en que yo era la protagonista de la familia sino también el libreto.*

> *¿Dónde me pongo ahora que mis hijos son adultos y están por tener hijos propios? No sé dónde ponerme, porque mis hijos ya no me necesitan ni quieren que yo intervenga. Sin embargo, no dejan de reclamarme como los niños que fueron. Haga lo que haga, siempre quedo en falta… y hasta me pregunto quién soy yo ahora, para mí y para ellos. Dónde está mi lugar… estoy bastante perdida.*

> *Yo entiendo que la vida de mis hijos adultos es responsabilidad de ellos y que ya no hay espacio para mis intervenciones como lo hacía anteriormente. Pero lo que no entiendo es que me dejen tan al margen de sus vidas y tan en la sombra ahora que ellos también son padres.*
>
> *Es cierto que ya no nos necesitan para hacer sus vidas, pero el afecto compartido sigue ocupando un enorme espacio dentro de mí y resulta muy duro quedar al margen de lo que podría ser posible compartir sin invadir sus proyectos. Sabemos que son distintos a nosotros, que viven otra época y que sus vidas pasan por otros horizontes diferentes a los nuestros. Pero una cosa es entender que recorren caminos distintos y otra muy diferente es quedar exiliados de sus vidas.*

Una mujer, molesta consigo misma por tener que adoptar comportamientos muy ajenos a su forma de ser, comentaba:

> *Yo no abro más la boca, a casi todo respondo «mirá vos» o «puede ser» porque cualquier cosa que diga es criticada y cuestionada. Es muy doloroso no poder intercambiar comentarios justamente con las personas más significativas de mi vida.*
> *Cuando me despedí de mi hijo, a quien había ido a visitar, porque ahora vive en otro país y acababa de hacerme abuela, no pude evitar llorar al darme cuenta que ya no formo parte de su vida y pasé a ser, en el mejor de los casos, «un actor de reparto». Entiendo que debe ser así, pero es muy doloroso.*

Estas son solo algunas de las muchas expresiones con las que algunas mujeres dan cuenta de un «final de escena» en sus protagonismos familiares.

Son muchas y diversas las emociones que impregnan estos cambios vitales y muchos también los interrogantes: ¿Cuáles son los nuevos límites entre lo privado de la nueva generación y lo que es posible compartir con la anterior? ¿Cómo armonizar las diferencias? ¿Hasta dónde es saludable tolerar que los jóvenes padres retaceen compartir las nuevas experiencias que ofrece la llegada de un nieto? ¿Qué es lo que se puede compartir sin afectar la necesidad de intimidad de los padres que se inician, que viene de la mano con los proyectos que ya no pertenecen al ámbito de la familia de origen? ¿Cómo reciclar el tradicional rol maternal para hacer viable un intercambio afectivo y solidario entre los adultos de dos generaciones, cuando hay madres y padres nuevos que coexisten con los anteriores? ¿Cuándo los límites que demandan las nuevas situaciones son puestos al servicio de una saludable demarcación territorial o, por el contrario, imponen barreras de comunicación infranqueables?

Sin lugar a dudas, se trata de un momento bisagra que suele despertar en ambas generaciones sentimientos profundos, hasta desconocidos e incluso perturbadores. Entre los jóvenes, porque necesitan tomar posesión de un terreno que les sea posible reconocer como propio y, entre los menos jóvenes, porque deben redimensionar el terreno sobre el cual se sentían soberanos. En última instancia, se trata nada más —y nada menos— que de «soltar» y «desprenderse» de lo que hasta ahora estaba claramente definido como patrimonio natural de los padres y de los hijos. Los primeros ofreciendo protección, apoyo y control sobre quienes así lo necesitaban. Los hijos, por su lado, recibiendo despreocupadamente (para bien o para mal) lo que no podían proveerse por su calidad de infantes. En pocas palabras, estamos en presencia de un gran cambio que tiene la fuerza y el impacto de aquellos

movimientos sísmicos que modifican irremediablemente el panorama preexistente.

Cuando los hijos pasan a ser padres, las funciones parentales originarias entran en una fase de relevo. Los nuevos progenitores —que hasta ese momento ocupaban solamente el rol de hijos— pasan a ocupar un espacio central en el escenario de sus propias vidas y también se ven obligados a ceder sus privilegios infantiles en aras del recién llegado que, innegablemente, pasa a ocupar el nuevo lugar de infante. Mientras esto sucede, los progenitores que los precedieron suelen impactarse —y hasta desorientarse— al constatar que los focos iluminan un espacio del escenario que ya no les corresponde y del que ya también fueron desplazados. Madres y padres que, por orden de la naturaleza —y por necesidad operativa—, habían sido los responsables de los lugares centrales (con sus satisfacciones y sus cargas) son irremediablemente removidos de su lugar. Es claramente «un final de escena» que impone «pasar la posta», lo cual supone un arduo trabajo de reciclaje subjetivo, sobre todo para las mujeres, que se ven obligadas a revisar y reacomodar su «función maternal».

Pasar la posta

«Pasar la posta» no es un desafío menor. Es una decisión para seguir hacia adelante aceptando que hay etapas que ya se cumplieron y que lo más saludable no consiste en perpetuar modalidades y hábitos propios de protagonismos que ya caducaron. Aceptar ese desafío es el primer paso para iniciar una aventura que abra otros horizontes, evitando quedar aprisionada en roles estereotipados que cristalizan comportamientos que tienen poco futuro. El desafío de «pasar la posta» es lo que permite abrir las puertas a nuevos descubrimientos y, con ello,

alimentar la juventud interior, que es lo único que puede ganarle a la acumulación de los años. Es justamente en la aceptación de este trabajo, muy laborioso y no menos meticuloso, donde se instala la posibilidad de seguir jerarquizando el presente por encima del pasado y abrirse a la nueva aventura que imponen los cambios. Para ello, resulta imprescindible llevar a cabo algo así como «otro» corte umbilical.

El «otro» corte del cordón umbilical

Como ya he señalado, «pasar la posta» a la nueva generación supone entrar en tiempos de relevo y ello requiere estar dispuesta a soltar ciertos protagonismos que formaban parte de la vida diaria. Es un momento que impone desprendimientos y algo así como transitar un duelo que presenta similitudes con el corte del cordón umbilical por parte del recién nacido. El corte que obligadamente enfrenta el bebé es la primera separación para acceder al mundo de los humanos y este tránsito condensa uno de los misterios de la vida: el de la ambivalencia. Con esto me refiero a la lucha interior que se juega entre el deseo de seguir aferrado a lo que se conoció como «seguro y protector» y el impulso por soltar lo conocido para descubrir los horizontes que están más allá del útero.

En el caso de las que ejercieron la función materna, se trataría, simbólicamente, de transitar un corte equivalente que consiste en tolerar separarse de la cría porque esta última ya está crecida. Significa, entre muchas otras cosas, «soltar» el modelo maternal ejercido durante la infancia de la prole para asumir el desafío de aceptar que ahora existen «otros padres» y elaborar una manera distinta de sostener el vínculo con los que antes eran «solo hijos». Se trata de un proceso comparable al que hizo el recién nacido cuando asumió el desafío de establecer otro

vínculo con el cuerpo-persona que lo contuvo los meses previos al nacimiento.

En ambos casos, se impone abandonar un lugar íntimo, conocido, necesario y protegido. En el bebé, para acceder al propio destino fuera del útero y, en la madre, para proseguir la ruta ampliando horizontes sin quedar adosada ni adscripta al destino de la prole. En ambas situaciones, se trata de un momento vital de gran ambivalencia en el que el temor y el deseo «por quedarse o por salir» son ambos profundamente intensos y la manera de resolver esta ambivalencia vital definirá enormemente el destino futuro. Si predomina el temor por «salir», se intensificarán los mecanismos para aferrarse, limitando inevitablemente aperturas, libertades y evoluciones. Si predomina el temor por «quedarse», se intensificarán los desapegos, limitando y empobreciendo el establecimiento de vínculos. Como siempre, se requiere encontrar el equilibrio adecuado para evitar tanto el encierro de quedarse como la migración permanente de la huida.

En el caso de las mujeres, el momento de «pasar la posta» reedita el corte umbilical primigenio (como en el propio nacimiento) y obliga a atravesar la ambivalencia que en las circunstancias en que los hijos se convierten en padres adquiere una de sus máximas expresiones. En uno de los Talleres de Reflexión, una mujer comentó lo siguiente:

> *Cuando mi hijo tuvo su primer hijo, bajé las escaleras del sanatorio y fui pensando: ahora he pasado al tercer lugar en su orden de prioridades. Primero estarán su mujer y su hijo, y luego recién estaré yo. Y es lo que corresponde porque yo también cambié mis prioridades cuando nacieron mis hijos.*

Este comentario expresa de una manera muy gráfica la pérdida de un lugar de privilegio para esta madre que acababa de ser abuela. Muy probablemente, fue capaz de pensar —y hacer este comentario— porque pudo tolerar el desprendimiento, lo cual significa haber estado dispuesta a elaborar el duelo por el «corte umbilical» que a ella le correspondía. Se trataba de aceptar una cierta «mudanza afectiva» y eso, sin duda, la llevó a sortear no pocos obstáculos. Estoy convencida de que es fundamental conocer dichos obstáculos para tener la posibilidad de sortearlos. Por eso, intentaré desnudar algunos. Antes que nada, es conveniente dejar en claro que con frecuencia estos cambios adquieren una dimensión desmesurada porque la cultura enfatiza solo una de sus facetas y deja encubiertas las otras. Es decir, los cambios quedan asociados exclusivamente con la vivencia de pérdida mientras se encubren las posibilidades que dichos cambios también ofrecen. Veamos algunos de los obstáculos.

Posesiones supuestamente «inalienables»

El ejercicio de la maternidad, concebida según el modelo patriarcal —que le otorga a la madre algo así como un poder absoluto y una responsabilidad también absoluta e inconmensurable—, contribuye a que la pérdida de aquellos espacios dedicados al cuidado de la prole sean vividos como la pérdida de «posesiones inalienables». Son tiempos de intensos sentimientos y la subjetividad femenina cruje como atravesada por un vendaval. Se trata de un momento clave en las mujeres que suele coincidir con un período de la vida en que comienzan a perfilarse las fronteras entre la juventud y todo lo que viene después.

Cuando la maternidad ha sido concebida (consciente o inconscientemente) como el horizonte primordial de lo «femenino», la llegada de la tercera generación puede ser vivida como el comienzo de

la vejez, entendida esta como despojo, limitación y falta de horizontes. *Pero lo cierto es que la vejez no comienza con el momento de la «abuelitud» sino con la ausencia de proyectos personales y la autolimitación de aquellos horizontes que no estén relacionados con la maternidad*. Los nuevos cambios vienen acompañados de una disponibilidad de tiempos y espacios que, junto con la salud, conforman el capital esencial para continuar la vida en términos de aventura. Esta disponibilidad de tiempos y espacios es una de las aristas que suele estar negada y que la cultura mantiene oculta, además de quitarle legitimidad. Sin ninguna duda, dicha negación se convierte en un obstáculo para llevar adelante satisfactoriamente el duelo por este «otro» corte umbilical en la edad de la madurez.

Revisar el contrato juvenil

Otro de los obstáculos que interfieren para llevar adelante ese «otro» corte umbilical consiste en la dificultad para aceptar que se trata de un nuevo capítulo en la vida.

Como tal, este nuevo capítulo requiere un nuevo guion que otorgue sentido al cambio que se produjo y que ofrezca los recursos para construir una continuidad atractiva a los tiempos por venir. Sin duda se trata de mirar la vida desde un nuevo ángulo y esto supone revisar el «contrato juvenil» que cada una hizo consigo misma.

Las propuestas de otros tiempos ya fueron transitadas y en la actualidad se impone una revisión que permita actualizar los intereses que seguramente no son los de antes. Se trata de un momento de cambio que requiere otros escenarios en los que sea posible instalar nuevos protagonismos que sean elegidos con mayor conciencia que en

la juventud. Resulta imprescindible cambiar de programa, cambiar de menú y hacer todo lo posible por aceptar que la escena del protagonismo central dentro del ámbito familiar llegó a su fin. La posibilidad de animarse a enfrentar cambios permite acomodaciones mucho más saludables que insistir en sostener escenarios cuyos focos iluminan espacios que ya perdieron vigencia.

Barajar y dar de nuevo

Es sabido que todas y cada una de las escenas por las que transitamos en nuestra vida forman parte de la interminable cadena por la que transcurre nuestro tiempo humano, el cual fluye independientemente de nuestros deseos o necesidades. Nos guste o no, los cambios se suceden indefinidamente, sin interrupción y sin pedirnos permiso. También es sabido que «la vida fluye». Sin embargo, ese conocimiento suele ser meramente intelectual y, cuando se producen los cambios, suelen presentarse inconvenientes para aceptarlos con naturalidad.

Esta falta de naturalidad tiene que ver, entre otras cosas, con las dificultades para aceptar que el tránsito por la vida no es lineal y en muy pocas ocasiones las situaciones devienen como fueron imaginadas. Dentro del paradigma que rige nuestra concepción del tiempo (ilusoriamente lineal, predecible y con un futuro garantizable), el concepto de «pasar la posta» es un recurso práctico para enfrentar, lo más saludablemente posible, los cambios de envergadura que se suceden sin nuestra injerencia.

En el tema que nos ocupa podemos decir que «pasar la posta» significa, entre muchas otras cosas, que ha llegado el momento de bajar

de cartel la obra en la que estuvimos comprometidas durante muchos años y acceder a poner en libertad a todos los actores, tanto los principales como los de reparto. A partir de allí, se abre la posibilidad de subir otra obra a un nuevo escenario que ofrezca nuevas satisfacciones en los tiempos que corren.

Toda bajada de cartel ofrece también la oportunidad de otra subida. Y, si tomamos en cuenta que esto coincide con un momento en que se amplía la conciencia de que el tiempo humano es finito, resulta muy estimulante pensar en la posibilidad de abrir un nuevo capítulo en el devenir. Este nuevo capítulo presenta no pocas ventajas, como por ejemplo, la posibilidad de incorporar el tiempo que aún está disponible para ser vivido de una manera distinta. Ello es posible, entre otras cosas, porque las presiones sociales de la juventud ya perdieron vigencia y legitimación al interior de la propia subjetividad. «Pasar la posta» supone tanto un desprendimiento como una apertura y el compromiso de no quedarse para «apagar la luz».

Capítulo 4
Una aventura de novela

«Me quedé sola con mi marido»

> *Se acaba de ir el último hijo de la casa. Me quedé sola con mi marido. No sé si reír o llorar.*

Vivimos épocas de movimientos vertiginosos que están dejando atrás los modelos habituales de vida en pareja. En otros tiempos, las relaciones humanas estaban pensadas para que duraran toda la vida, independientemente del bienestar o el malestar compartido.

Para bien y para mal, eso ha cambiado. Ya no es necesario soportar un vínculo insatisfactorio «hasta que la muerte nos separe», pero también es cierto que resulta descorazonante observar que, en la actualidad, es grande la dificultad que tienen muchos jóvenes para construir vínculos afectivos que perduren y sean capaces de sortear los obstáculos que todo proyecto de convivencia conlleva. El nivel de intolerancia actual es tan intenso como lo era el sometimiento en los modelos anteriores. Es evidente que aún falta bastante para encontrar una manera equilibrada que permita disfrutar de lo que es compartible y al mismo tiempo respetar las diferencias dentro de la pareja e incorporarlas saludablemente en pos de un disfrute genuino y solidario.

En la actualidad, las mujeres que transitan la edad de la madurez han vivido todo tipo de experiencias. Algunas se separaron y se aventuraron a nuevos inicios afectivos. Otras no están dispuestas a perder los grados de libertad de que disponen y prefieren correr con los costos de un transitar más solitario. Existen también quienes sostuvieron el matrimonio original sumergidas en la ardua tarea de criar la prole, desarrollar sus actividades laborales y consolidar el bienestar económico familiar mientras transcurría la vida en una relativa armonía. Abocados a las tareas del proyecto común, cada uno dentro de la pareja daba por sentado que el otro seguía siendo el mismo que habían conocido años atrás. En la medida en que el clima familiar iba transcurriendo sin ser perturbado por ningún cataclismo, no surgían motivos para pensar que cada uno de ellos podría haber cambiado.

Es así como muchas de las mujeres que transitaron matrimonios duraderos suelen esperar con entusiasmo el momento en que los hijos «se vayan de la casa» para recuperar la experiencia de la vida en pareja que tuvieron antes de convertirse en familia y recuperar los disfrutes de cuando se habían conocido. Suele suceder que el tan esperado reencuentro las enfrenta con una gran sorpresa. Descubren que ninguno de los dos es aquel que era y que el interlocutor de los tiempos en que juntos planificaban el futuro transita otro espacio virtual, lejos de un diálogo compartido. Aquel futuro de la juventud ya no corresponde al presente, pero eso no significa que haya dejado de existir como posibilidad vital. De acá en más, también existe el futuro.

Nuevos futuros

Hay futuros y futuros. El futuro de la edad madura, a diferencia de aquel de la juventud, no cuenta con el manual de instrucciones que

estaba implícito en el contrato social y marcaba con meticulosidad incuestionable los pasos a seguir, dentro de los condicionamientos de género vigentes en la sociedad patriarcal: los hombres como proveedores y las mujeres a cargo de la reproducción, el cuidado de la prole y el sostenimiento incondicional de los proyectos del marido.

Si bien es cierto que ambos géneros debían responder a las expectativas sociales cumpliendo con los roles asignados, también lo es que existía una «letra chica» en el contrato social no explicitado, que legitimaba en los varones libertades que a las mujeres les estaban negadas. Son libertades que permitían conectarse con sus deseos personales además de cumplir con los roles asignados a su género. Desde el contrato social patriarcal, el deseo de las mujeres debía estar focalizado en satisfacer las necesidades de quienes las rodeaban y «ser para otros» —como lo conceptualizó Marcela Lagarde y de los Ríos—, mientras los varones disponían del permiso interno para hacer coexistir los mandatos del rol con los deseos personales.

Esta diferencia está marcada en forma indeleble en la «letra chica» y es uno de los motivos de mayor peso por los cuales suelen ser las mujeres quienes más se desorientan cuando llega el momento del llamado «síndrome del nido vacío». A diferencia de los hombres, el motivo es que no tienen habilitado —y, por lo tanto, mucho menos legitimado dentro de su subjetividad— conectarse con deseos propios que no sean los de satisfacer las necesidades de los seres queridos. A la hora en que los hijos levantan vuelo, y a falta de otros intereses que satisfagan deseos propios, tienden ingenuamente a retroceder en el tiempo intentando recuperar los disfrutes de pareja previos a la creación de la familia. En otras palabras, lo que sucede es que el «nido vacío» deja al descubierto que con la llegada de los hijos habían quedado en

suspenso muchos de los disfrutes juveniles de la pareja, así como también deseos personales que no estaban conectados con la crianza.

Se trata de un momento de despegue tanto para los hijos, que ya están en edad de probar su suerte y hacer sus aprendizajes, como para los progenitores, que están en edad de seguir disfrutando de la vida independientemente de los roles parentales y ya liberados de los compromisos asumidos en la juventud y de las presiones del «deber ser». Se trata de un nuevo momento para la pareja y esto les plantea una gran aventura porque es inevitable volver a descubrirse. Una mujer, con mucha gracia, expresó su sorpresa diciendo: «A veces me pregunto, después de tantos años de vivir juntos, quién es este gordito que duerme a mi lado». La sorpresa es comprensible porque ninguno de los dos es el mismo que era cuando se conocieron. El tiempo transcurrido estuvo tan colmado de responsabilidades y compromisos que no tuvieron tiempos ni espacios para tomar conciencia de las transformaciones mutuas.

¿De qué está vacío el «nido vacío»?

Todo el mundo sabe que cuando los hijos se van de la casa se produce una nueva dinámica. Esto no es un tema nuevo y ha sido abordado desde hace tiempo por distintas disciplinas bajo el concepto denominado «síndrome del nido vacío». Sin embargo y a pesar de mucha tinta utilizada en el tema, resulta llamativo comprobar que cuando se habla del «vacío» casi siempre está referido a la ausencia de los hijos, a la pérdida de la actividad permanente al servicio de la crianza por parte de las mujeres y al espacio-tiempo que queda sin ocupación a consecuencia de dicho cambio.

No podemos dejar de poner en evidencia que la independencia de los jóvenes es un logro de la pareja parental porque es el resultado de un buen desempeño por parte de los adultos que la favoreció e hizo posible. De la misma manera, tampoco podemos dejar de poner en evidencia que la vida de los progenitores excede enormemente la crianza de los hijos. Los adultos, además de la responsabilidad de cuidar y criar a la prole, tienen un margen de vida propia que queda muy al descubierto cuando los hijos dejaron de ser niños necesitados de cuidados y orientación. Es por esto que resulta muy llamativo que la manera de abordar el llamado «síndrome del nido vacío» por los profesionales que se ocupan del tema, casi siempre deja en la oscuridad un aspecto no menos significativo de ese momento especial que vuelve a poner a la pareja «cara a cara» con ellos mismos.

Esta interpretación parcial del «nido vacío» silencia, oculta y encubre que el espacio vincular de la pareja ha quedado al desnudo y requiere ser recontratado. Dicho recontrato no se debe a que los hijos se hayan ido sino a que, con el paso del tiempo, se produjeron cambios en cada uno de los miembros de la pareja. Los proyectos que antes generaban entusiasmos comunes y que estaban preferentemente centrados en la crianza ya cumplieron sus objetivos. Se impone la necesidad de un redescubrimiento de sí mismo y del otro. Pero, sobre todo, una revisión de los deseos personales para reencauzar la vida de aquí en más. El nido no está vacío porque los hijos se hayan ido sino porque es un momento de recambio que requiere nuevos proyectos que respondan a las necesidades del presente que permitan encauzar la vida en pos de un futuro que, sin ninguna duda, es distinto al futuro de los tiempos iniciales de la pareja. Lo que en realidad sucede es que se vive como vacío lo que en realidad es una nueva disponibilidad y queda al

descubierto un gran espacio utilizable que requiere de nuevos proyectos acordes con los tiempos presentes.

Un «vacío» que no es pérdida sino disponibilidad

Como ya hemos visto, el ideal maternal ha sido considerado por la ideología patriarcal como el modelo que define la feminidad. Por ello, se instala la suposición de que el rol maternal, centrado en los cuidados y atención incondicionales, es lo que le da sentido a la vida de las mujeres. Contribuye, además, a que muchas de ellas vivan la disponibilidad de tiempos y espacios que genera la independencia de los hijos como una pérdida, en lugar de reconocerla como la recuperación de espacios y tiempos propios.

Resulta curioso que esta vivencia de «vacío» suele estar mucho más expresada por las mujeres que por los hombres. Es posible comprobar que la mayoría de ellos no suele quejarse por haberse liberado de sus responsabilidades paternales y se disponen gratamente a disfrutar de nuevos *hobbies* o de incrementar los ya habilitados. Ellos no suelen vivir con sentimientos de culpabilidad los tiempos dedicados a actividades estrictamente personales aunque eso significara restarle tiempo a compartir con la familia.

En lo que respecta a las mujeres, es posible comprobar que no suelen contar con la misma legitimidad subjetiva para permitirse satisfacer un deseo personal que pudiera restarle tiempo al cuidado familiar. Esta falta de legitimación, practicada durante los años de la crianza, suele convertirse en uno de los obstáculos para animarse a descubrir nuevos deseos cuando llega el tiempo de la disponibilidad.

La aventura de abordar el «cara a cara»

Sin ninguna duda, el momento del «cara a cara» es una de las grandes aventuras que presenta la vida cuando ya creíamos haber recorrido «todas» las aventuras que nos correspondían. Pero esta tiene una particularidad que la diferencia de muchas otras que se fueron transitando hasta llegar a la madurez. En esta oportunidad, la aventura tiene que ver forzosamente con nuestro «adentro», con los anhelos y temores que en otros tiempos quedaban aparentemente encubiertos por la imperiosa necesidad de resolver las situaciones concretas que nos imponía el «afuera».

Deseo dejar muy claro que «afuera» y «adentro» no son entidades independientes. Erróneamente, nuestra cultura las presenta a veces como antípodas cuando, en realidad, están profundamente interrelacionadas. Nuestra cultura las suele hacer aparecer enfrentadas y es así como el «deber ser» asociado con el «afuera» y los condicionamientos sociales suelen imponerse a los deseos genuinos del «adentro» desestimándolos y hasta descalificándolos.

Todos sabemos que la edad de la madurez va de la mano con la sabiduría cuando la experiencia de vida es tomada como un aprendizaje en lugar de una reafirmación de los prejuicios acumulados. Podríamos sintetizar esto diciendo que sabiduría es una condensación exquisita de todo lo aprendido en el laborioso arte de vivir. Cuando la edad se hace amiga y cómplice de la sabiduría —cosa que no siempre sucede— y esta comienza a desplegar su andar fluido, es posible vislumbrar lo que tal vez siempre estuvo al alcance de la mirada pero no podía ser visto porque el «deber ser» lo enceguecía. En la edad de la madurez, el «cara a cara» se convierte en una de las mayores aventuras, en la que los ojos

abiertos permiten no solo mirar sino también ver y evaluar con osadía y coraje lo que son capaces de percibir. Una mujer comentaba:

> *Ahora somos parecidos a los que éramos pero distintos. Y para peor, él exige que me acomode a sus gustos, convencido de que la única que tiene que cambiar soy yo. En realidad, siempre fue así, pero yo estaba tan ocupada que no me daba cuenta.*

A continuación, compartiré algunas reflexiones que dan cuenta de vivencias impactantes y de no pocas sorpresas cuando las mujeres asumen el coraje de ver, con los ojos de la sabiduría y el respeto por las necesidades del «propio adentro» en esta valiosa edad de la madurez. Los comentarios que siguen dan cuenta del impacto y la sorpresa que viven muchas de ellas cuando la partida de los hijos les devuelve el espacio íntimo que las reconecta con lo que supieron disfrutar en el inicio de la relación de pareja y antes de la llegada de los hijos.

Una novedad anunciada pero descreída: todo cambia

Veamos algunos de los comentarios mencionados:

> *¿Por qué ahora, cuando miro al que es mi compañero de siempre, me resulta extraño, si lo conozco de toda la vida? El tiempo pasa tan rápido que una no se da cuenta de los propios cambios.*

> *Siempre pensé que llegado este momento iba a ser «igual que antes pero sin los chicos». Era pura fantasía. No es cierto. Es otra cosa. Yo cambié y él también cambió. El primer tiempo es el peor. Roza la desolación.*

Mis hijos se fueron todos. Quedé aliviada por el fin de la crianza pero con grandes dificultades al reencontrarme con mi marido en un momento en que hay muchas cosas que nos diferencian. Me descalifica cuando no coincido con sus gustos y me siento sola.

Una sabe que la vida es cambio permanente pero nunca se me ocurrió pensar que con el paso del tiempo nosotros también podíamos cambiar y por lo tanto también decidir si nuestro deseo real es continuar con esta pareja, en la que se ha convertido ahora. Sobre todo cuando después de muchos intentos por buscar una mejoría no resulta posible encontrar un disfrute compartido.

Estos comentarios corren muchos de los velos que durante años quedaron envueltos en la neblina del trajinar familiar y muestran, en carne viva, que la extrañeza frente al tiempo que pasa y a los cambios que se producen sin nuestra decisión es de una inmensidad impensada.

En el imaginario social, los cambios del crecimiento infantil, las necesidades y deseos que se van produciendo con el crecimiento, son aceptados con regocijo y naturalidad por los adultos. Sin embargo, a pesar de esta comprobación, resulta curioso observar que no son pocas las mujeres que, habiendo experimentado de cerca que el crecimiento es siempre transformación, olvidan que sus propios deseos también son pasibles de cambio.

El final del crecimiento de la prole, que entre otras cosas se pone en evidencia ostentosamente en el hecho de dejar de vivir en la casa de los progenitores, suele encontrarlas desorientadas frente a la disponibilidad temporal que se inaugura con esos alejamientos. Una fantasía común es la de «recuperar» la intimidad del vínculo de pareja previo a la inauguración de la familia. La ilusión más frecuente es encontrar en el

«socio de la vida» al interlocutor de otros tiempos, a aquel que encendía los entusiasmos de poner en marcha proyectos en común y darles vuelo a las ilusiones del inicio.

Así como los jóvenes se ilusionan con un futuro al alcance de sus manos, los progenitores, que suelen transitar la edad media de la vida, también se ilusionan con espacios de disfrute que vuelvan a encender la aventura de vivir cuando «ya cumplieron» con el compromiso familiar asumido. Añoran las ilusiones con las que iniciaron el recorrido en pareja y desean volver a encontrarlas.

Una de las dificultades surge cuando se topan con «aquellas» ilusiones que habían sido construidas sobre la base de las expectativas de los tiempos juveniles. Eran los tiempos en que todo estaba por hacerse y el futuro era un espacio inconmensurable a la medida de los propios deseos. La dificultad pareciera residir en que dichas ilusiones fueron cristalizadas y puestas en el *freezer* a la espera de horizontes disponibles que anteriormente solían medirse con la vara del crecimiento de los hijos. En otras palabras, decretar que «cuando ellos crezcan y se vayan, haré lo que ahora no me es posible».

Conviene dejar en claro que el problema no reside en haber tenido ilusiones en el inicio del vínculo —cosa por demás deseable y vital— así como tampoco seguir teniendo ilusiones a lo largo de la vida para extraerle el jugo hasta la última gota. El problema reside en que dichas ilusiones quedaron cristalizadas y, por lo tanto, al margen de las nuevas identidades que el tiempo fue puliendo. Las ilusiones «*freezadas*» están necesariamente destinadas a desilusionar por falta de actualización y con frecuencia suelen ser vividas con el sabor del «desengaño».

En los comentarios que preceden es posible vislumbrar esta ingrata sensación de «desengaño» que aparece bajo la forma de que «las cosas no son como una las había previsto» y también porque las supuestas garantías derivadas de un «buen desempeño familiar» no se hicieron presentes a la hora del reencuentro con la pareja. Grande es la sorpresa por las soledades impensadas, los descubrimientos obvios, la extrañeza frente al compañero de tantos años, los desencuentros en la cotidianeidad y las exigencias unilaterales. Es un momento en que se corre el telón y, como dicen algunas mujeres: «Se me cayó la estantería».

¿Se cayó la estantería?

Hay frases populares que condensan en pocas palabras muchas vivencias. Una de ellas es «se cayó la estantería», que simboliza el derrumbe de algo que estaba ordenado como correspondía, donde cada cosa tenía un lugar fijo y claro. Dicho orden hacía que todo fuera previsible y fácil de encontrar y, además, permitía ahorrar energías que inevitablemente se requiere invertir cuando hay que buscar alternativas convenientes para situaciones novedosas. La estantería que se consideraba firmemente instalada solía tener, además, la prerrogativa de funcionar como una garantía de certezas. Es decir, garantizaba preservar la estructura más allá de las vicisitudes del paso del tiempo y contribuía a sostener la ilusión —por cierto ilusoria— de que el futuro fuese predecible y garantizable. Una mujer comentaba:

> *Generaciones atrás no estaba dada la posibilidad de que una mujer se preguntara cuán satisfecha estaba en la relación de pareja. Y, cuando se caía la estantería, lo esperable era seguir adelante a*

pesar de todo y aguantar los malestares que en la mayoría de los casos eran casi siempre una carga unilateral femenina.

Es una novedad a voces que los tiempos han cambiado y que los nuevos aires ofrecen más de una alternativa para abordar el momento del reencuentro cara a cara con la pareja cuando los hijos toman sus propios rumbos. Pero también es cierto que los permisos sociales inexistentes en épocas pasadas tropiezan con lo que ha sido incorporado en la subjetividad femenina generación tras generación.

Esta superposición entre las tradiciones acumuladas y las nuevas posibilidades genera choques y no pocos conflictos internos que requieren ser resueltos. Una manera eficiente de resolverlos es animarse a llevar a cabo una negociación honesta con una misma. Es decir, evaluar cuál es la mejor alternativa en el momento actual sabiendo que cualquier cosa que elijamos —o dejemos de elegir— tiene inevitablemente un costo[5]. Por ello, la tarea consiste en sopesar minuciosamente cuál es el costo menos oneroso para la propia vida y para la proyección futura del tiempo por venir que, ahora más que nunca, es un tiempo demasiado precioso para desperdiciarlo con tolerancias que ya no se justifican. Es un momento que requiere decisiones y es bueno recordar que no tomarlas conscientemente es una forma disimulada de aceptar la continuidad. Como sabemos, la situación no es para nada simple, más bien presenta muchas complejidades y por ello también diversas alternativas que van desde la insistencia en pretender que todo sea como entonces, pasando por modificaciones creativas que permitan sostener el vínculo, hasta llegar a la convicción de que es inviable lograr una armonía disfrutable. Veamos algunos comentarios:

Ahora que se fueron los hijos, todo transcurre como lentificado. Él nunca propone nada y yo me quejo de su desinterés por hacer cosas que nos entusiasmen a los dos. Me doy cuenta de que hemos cambiado y aparecen intereses distintos. Y no sé cómo abordar este desencuentro. Me la paso reprochándole pero eso aumenta la distancia.

Él está encerrándose cada vez más en sí mismo y yo me cansé de ser la única que propone actividades para que disfrutemos. La vida se convierte en algo muy chato y solitario aunque sigamos siendo pareja y nos respetemos como tal.

Las estrategias circulares son un eterno retorno

A poco que miremos a nuestro alrededor es posible descubrir actitudes femeninas que suelen repetirse. Por ejemplo: quejas, reproches y esfuerzos unilaterales por generar climas para la distracción y el divertimento en pareja. Es sabido que ni la queja ni el reclamo son buenos vehiculizadores para disfrutar de nuevos horizontes. Lo único que generan es ahondar la huella, como en los caminos de barro cuando el coche se atasca y quien conduce insiste en acelerar. También es sabido que es en vano derrochar energías en hablar, hablar y hablar pretendiendo convencer al «otro» de lo que ese «otro» no puede o no quiere ver.

Cuando nos ponemos a mirar en detalle y con un poco de perspectiva este tipo de actitudes, llama la atención el parecido que tienen con la modalidad «maternal» de la época de la crianza en la que no quedaba más remedio que explicarles a los pequeños que el fuego no se toca, que no pueden cruzar una calle sin la compañía de un adulto, que

necesitan comer para crecer, etc. Tal vez deberíamos pensar que ya es tiempo de dar por cancelada la actitud de «cuidadora infantil» que tan a menudo las mujeres suelen aplicar al mundo circundante y a los hombres adultos en particular. Esta estrategia es más de lo mismo: «¡Otra vez sopa!», como diría Mafalda. Y hasta podríamos calificarla como una *estrategia circular* porque se vuelve siempre al mismo lugar, tranquilizadora por lo conocida pero agotadora por el desgaste continuo e inservible.

Las estrategias colaterales y sus nuevas posibilidades

La estrategia circular no es la única. En el afán por aprovechar la vida después del «nido vacío» y conscientes de que las nuevas libertades que ofrecen los cambios sociales también abren nuevas alternativas, hay mujeres que haciendo uso de la inventiva aprendida en el arduo trajinar de la crianza (cuando tenían que negociar con los hijos las complejas demandas infantiles y adolescentes) han encontrado formas combinadas de transitar la pareja que incluyen aspectos de convivencia con espacios de independencia. Una mujer comentaba:

> *Hace ya más de diez años que nuestros hijos se fueron de la casa y mi marido y yo fuimos modificando nuestras costumbres para seguir disfrutando la vida en común. Comenzamos con permitirnos tener dormitorios individuales cuando los hijos dejaron libre el espacio y con el tiempo se nos presentó la posibilidad de disponer de otro hábitat. Entonces resolvimos convivir solo los fines de semana y las vacaciones, reservándonos espacios de independencia de lunes a viernes. A nosotros eso nos funciona muy bien porque nos genera una grata expectativa cuando nos encontramos y un gran alivio*

cuando nos quedamos solos. Es como tener la chancha, los veinte chanchitos y la máquina de hacer chorizos.

Este comentario termina con un dicho popular muy gracioso que hace referencia al deseo de no perderse nada de todo lo deseable. Compartir la vida en pareja de esta manera era impensable para una generación atrás. Lo que más se le parecía era la tradicional «doble vida» para aquellos varones que solían mantener una amante permanente al mismo tiempo que sostenían la vida familiar socialmente reconocida y aceptada.

La pareja del comentario, que al principio comenzó con un modelo tradicional, encontró la estrategia que combina los placeres de la convivencia con los placeres de la libertad. La libertad de contar con un «cuarto propio» —como lo llamó Virginia Woolf en sentido real y figurado— para despertarse por las noches a cualquier hora y poder prender la luz sin temor de molestar al compañero, o de ver el programa preferido de televisión cuyos gustos no coinciden, así como decidir dormir sin ser molestada por la luz de una pantalla televisiva que el compañero mantiene encendida e incluso permitirse la posibilidad de descansar sin los ronquidos del acompañante, entre muchas otras libertades cotidianas. El «cuarto propio» es una manera de jerarquizar los disfrutes de la convivencia minimizando los aspectos ingratos que coartan las libertades cotidianas.

En la actualidad, no es difícil encontrar esta modalidad en aquellas parejas que inician un vínculo afectivo *a posteriori* de un matrimonio anterior. El argumento predominante se apoya en que suelen existir hijos en alguna de las dos partes —o en las dos— y es más conveniente disponer cada uno de su propio ámbito. Pero, si bien este puede ser un motivo de peso, a menudo también encubre el deseo de evitar reproducir

vínculos anteriores que obligaban a un «acomodarse» permanente, sobre todo por parte de las mujeres, haciendo que la cotidianeidad se convirtiera en algo pesado de sobrellevar. No son pocas las mujeres que dicen:

> *Hoy, que estoy sola, comeré a la hora que quiera y lo que encuentre en la heladera. Cuando estamos juntos, soy yo la que tiene que programar la cena y ocuparme de que sea sustanciosa. Y de eso ya estoy cansada.*

Es posible comprobar a nuestro alrededor que no son pocas las nuevas parejas construidas en la edad de la madurez que optan por esta modalidad intermedia. Lo que es menos frecuente es que dicha estrategia haya podido ser implementada por una pareja que sigue siendo la primera experiencia matrimonial para ambos. Podríamos decir que se trata de una estrategia que dejó de ser «circular» (porque no vuelve a encontrarse en el punto de partida después de haber intentado reiteradas quejas y reproches) para construir un sendero «colateral». Es decir, logró construir un equilibrio que permite liberarse de ciertas cargas que se han vuelto indeseables en la convivencia pero al mismo tiempo no renunciar a ciertos disfrutes que el vínculo sigue ofreciendo. Lo llamo «colateral» porque sigue siendo paralelo a la ruta central representada por el matrimonio tradicional, donde todo debe ser compartido y que en caso contrario no queda más remedio que optar por un desvío que bifurque los caminos; es decir, por una separación.

Esta *estrategia colateral*, como muchas otras que pudieran llegar a utilizarse, ofrece nuevas alternativas, fundamentalmente para las parejas en la edad de la madurez. Pero como sabemos que absolutamente **todo** tiene sus costos, esta metodología colateral (igual que todas las otras)

obliga a realizar una negociación de fondo con una misma. En otras palabras, ser capaz de evaluar cuál es el costo menos oneroso para cada quien, en este momento de la vida. Es sabido que la línea del horizonte aparece siempre a la altura de nuestros ojos y, por lo tanto, cambia si estamos sentados o de pie. De igual manera, el posible horizonte de nuestras vidas a partir de la edad de la madurez también estará a la altura de nuestras elecciones.

¿Horizontes a definir?

Cuando en el juego de la vida las fichas cambian de posición, no queda más remedio que registrar que se han producido movimientos y que estos requieren también algunas modificaciones que pueden ser de muy variado alcance. Una mujer comentaba:

> *Creo que la partida de mis hijos ya la he digerido. No es una preocupación. Lo que me cuesta es la articulación con mi marido. Me cuestiona permanentemente. Ahora, cuando la estantería muestra su inestabilidad, una se permite preguntarse si seguir o cambiar. Y eso requiere coraje porque hay que transitar las complejidades de la libertad interior.*

Esa misma mujer agregaba:

> *Cuando descubro cosas mías que me encantan pero no coinciden con lo que le gusta a mi marido, se me viene la estantería de libros encima. Y tengo que ver con qué criterio volver a ordenarlos. Y la verdad es que no sé si seguir haciendo esfuerzos por dejarlo contento o terminar con el matrimonio, ahora que ya cumplí con mi función de crianza.*

Es bastante frecuente escuchar que existe la idea de que una «buena pareja» es aquella que coincide absolutamente en los gustos, en sus necesidades y hasta en sus pretensiones de organización de la vida. Es cierto que para compartir en cualquier sociedad, como por ejemplo la sociedad conyugal, es necesario contar con ciertos acuerdos básicos. Y también es cierto que dichos acuerdos son básicos cuando coinciden con los valores éticos profundos de cada uno. Por ejemplo, si la solidaridad es un valor común, la vida se convierte en un deslizar fluido.

En cambio si el deseo de contar con privilegios está instalado como valor, la vida en común se convierte en una lucha por el reparto de los privilegios. Y esto necesariamente significa que para que existan privilegios es irremediable que haya una de las partes que se subordina a los deseos, necesidades y exigencias del otro. Todas las cuestiones, desde los temas más triviales y cotidianos hasta los que definen la ruta a seguir por la pareja, están regidas por los valores éticos de cada integrante. Las diferencias por la elección del programa televisivo, por la administración económica o los proyectos de vida pueden resolverse siguiendo una ética de valores solidarios o una ética de privilegios. Y como sucede casi siempre, en la superficie se reflejan los contenidos de la base ética que subyace.

Cuando la ética es solidaria en ambas partes la resolución más directa es concretar acuerdos sobre la base de una negociación que contemple tantos los intereses propios como ajenos. Cada uno cederá en algo para que cada uno también encuentre satisfacción. Ese tipo de acuerdos contribuye a mantener vínculos disfrutables entre sí y satisfactorios con una misma. En cambio, si hay resistencia en abandonar la ética del privilegio (que es la que rige en el modelo patriarcal), inevitablemente se entabla una lucha —manifiesta o subterránea— para obtener ventajas a

expensas del otro. En última instancia, la ética del privilegio instala la lucha por el poder.

Cuando la «estantería muestra su inestabilidad», como lo expresó la mujer de nuestro comentario, lo que en realidad está sucediendo es que al despejarse el espacio-tiempo que ocupaba la crianza, salen a la luz las evidencias del modelo subyacente (y de la ética elegida) en el contrato implícito sobre el que se instaló el proyecto familiar y, por lo tanto, también el vínculo de pareja. Es el momento de recontratar. Pero ahora con mucho mayor conocimiento de los propios deseos y de la ética sobre la cual instalar una nueva sociedad o… comprobar que la coincidencia de éticas es inviable.

Es justamente en estos momentos de la vida cuando el recurso más esclarecedor (y que ofrece la mayor estabilidad interior) reside en llevar a cabo una plena negociación con una misma. Esto significa evaluar los costos y beneficios de cada alternativa posible y elegir el costo menos oneroso según como cada una lo entienda. En algunas ocasiones y después de haber intentado infructuosamente un reencuentro satisfactorio, se termina optando por la separación, que resulta ser la elección menos onerosa en pos de un futuro disfrutable, aunque en un primer momento sea un tránsito lleno de inconvenientes y molestias. No son pocas las mujeres que descubren con sorpresa, a poco de profundizar en el análisis de los costos, que la vida continúa y que es posible transitar presentes mucho más distendidos sin las sobreadaptaciones constantes con las que intentan, ilusoriamente, evitar desarmonías.

¿Y de la aventura… qué?

Como es posible comprobar, el tema de vivir aventuras no está circunscripto a las edades juveniles ni tampoco a las experiencias vertiginosas propias de la juventud.

En la edad de la madurez, las aventuras genuinas, sobre todo en el caso de las mujeres, están íntimamente ligadas a la experiencia de permitirse legitimar los propios deseos, dar por cumplidos los «deberes femeninos» y permitirse abarcar un espectro de vivencias que exceda los límites impuestos por los condicionamientos patriarcales hacia el género femenino.

Estas aventuras —para aquellas que están transitando la edad de la madurez en estos tiempos— tienen que ver con lanzarse dentro de sí mismas en pos de lo más genuino. Es decir, en la búsqueda y aceptación de los deseos personales. Esta tarea está lejos de ser sencilla porque con mucha frecuencia los propios deseos femeninos han sido encubiertos por los ajenos y hasta mimetizados con ellos. Como señalaba esta mujer en su comentario:

> *Eso requiere coraje porque hay que transitar las complejidades de la libertad interior.*

En síntesis, tal vez se podría afirmar que una de las mayores aventuras en la edad de la madurez consiste en animarse a tomar posesión plena de la autonomía. Esto significa, entre muchas otras cosas, desprenderse de las quejas y los reproches para cambiarlos por propuestas y condiciones propias. Para ello, es imprescindible tomar conciencia de los condicionamientos de género, lo cual abre el camino para legitimar los propios derechos. De ahí en más, la tarea de aprender a negociar con una misma para elegir el costo menos oneroso se convierte en un juego que estimula la creatividad y facilita poner en

práctica las estrategias más convenientes para negociar satisfactoriamente con todos los demás. Se trata de una verdadera revolución para el pensamiento patriarcal y de una de las aventuras más excitantes que inevitablemente abre nuevos escenarios de vida.

Nota aclaratoria

Con el deseo de favorecer una mayor comprensión a quienes no hayan leído *Las negociaciones nuestras de cada día*[6], me voy a permitir transcribir parte del texto incluido en el capítulo que aborda detalladamente esta cuestión.

> *El tema de los* costos *es tal vez el punto clave para entender el meollo de las negociaciones con una misma y, a la vez, es el punto de apoyo para resolverlas en la práctica.*
> *En repetidas oportunidades sostuve que absolutamente todo en la vida tiene su costo. Tomar una decisión implica, por ejemplo, correr el riesgo de equivocarnos, pero dejar que otros la tomen por nosotras implica correr el riesgo de vernos involucradas en algo que no hubiéramos deseado. Cada uno de esos riesgos tiene un costo, y la conveniencia de elegir uno u otro dependerá en gran medida de la valoración que de ellos hagamos.*
> *Este tema de los riesgos y los costos resulta bastante escurridizo, porque su valoración es muy subjetiva. Lo que para unos puede ser un riesgo que no están dispuestos a correr porque consideran que su costo es excesivo, para otros puede resultar la única alternativa saludable que justifica su costo. […]*
>
> *Ahora bien, si el resultado de la negociación con una misma depende en gran medida de esta evaluación, resulta más que*

evidente que —como dijo una empresaria— «con los costos se puede hacer cualquier cosa, menos negarlos». Negarlos genera una situación de gran vulnerabilidad, porque es como caminar por una cornisa con los ojos cerrados. Negarlos suele ser una manera de poner distancia con la realidad, lo cual genera no pocos problemas y muchos tropiezos.

Pero no siempre la negación de los costos corresponde a un alejamiento de la realidad. A veces sucede que algunas personas interpretan mal los costos y los consideran como un «aporte» con el que sostienen ciertas imágenes de sí mismas. Una mujer comentaba:

> *Yo debo haber estado acostumbrada a pagar los costos desde la imagen de la «macanuda». Era la que siempre favorecía a otros y debo haber creído que eso era mi fuerte. No podría tolerar perder «imagen de bondad». Nunca reclamaba reciprocidad y me la pasé dando «créditos» a los demás. Supongo que en el fondo esperaba recibir algún día una fortuna por los «créditos» supuestamente acumulados a mi favor. Con el paso del tiempo, las «facturas» sólo me sirvieron para envolverme.*

Resulta evidente, en el comentario de esta mujer, que ella elegía privilegiar su imagen de bondadosa y «macanuda», como decimos en Argentina. Eso definía el criterio con el que evaluaba los «costos» de sostener semejante imagen y, al mismo tiempo, orientaba las negociaciones consigo misma siempre en la misma dirección. Le llevó mucho tiempo revisar la validez de sus expectativas y descubrir que los vínculo humanos se alimentan de reciprocidad, es decir, de un «ida y vuelta» que debe concretarse

en el presente. La idea de cosechar en un futuro lejano lo que sembraba tesoneramente parece ser una derivación de la promesa religiosa que sostiene que «los últimos serán los primeros».

El tema de los costos —decía anteriormente— es un punto clave para entender lo medular de las negociaciones con una misma y afirmaba, también, que era el punto de apoyo *para intentar resolver en la práctica concreta dichas negociaciones. ¿En qué consiste dicho apoyo?*

La negociación con una misma se concreta cuando finalmente la persona puede elegir la alternativa que creyó más conveniente entre las posibilidades que se le ofrecían y las tentaciones que la atraían. Como, en general, las elecciones no son fáciles (y las que lo son, casi no son elecciones), el análisis racional de los costos —y su evaluación objetiva— permite obtener argumentos que contribuyen a esclarecer confusiones y brindar orientaciones.

Cuando enfrentamos los costos, automáticamente suelen desprenderse muchos de los velos que tejen nuestras creencias ilusorias. Tal vez podríamos decir que elegir es como usar una espada que hiere el anhelo ilusorio de que «todo es posible». El trámite de elegir es lo que permite concretar las negociaciones con una misma. Por eso la inclusión y la evaluación de los costos se convierten en un punto de apoyo insoslayable para resolver en la práctica concreta las negociaciones con una misma.

En síntesis, podríamos concretar una definición diciendo que las negociaciones con una misma son las tratativas que se plantea una misma persona con anhelos enfrentados. La clave de dichas negociaciones reside en ser capaz de llegar a concretar desprendimientos*. Estos desprendimientos requieren de una decisión consciente, producto de evaluar los costos de cada una de*

las alternativas posibles, para elegir —finalmente— la menos onerosa.

Las negociaciones con una misma son el punto de partida de toda otra negociación. Es lo primero que necesitamos abordar y lo último que por lo general hacemos. Probablemente esto se deba, entre muchas otras cosas, al encubrimiento intencional de los costos *por parte de una sociedad que se resiste a perder las formas de servidumbre que aún persisten bajo disfraces culturales. Mirar los costos de frente no es destruir ilusiones sino abrir las puertas a un futuro previsible —y viable—, de la misma manera que contemplar perchas vacías es estimular búsquedas en pos de cubrir necesidades insatisfechas. Las negociaciones con uno mismo son una constante insoslayable en la vida de los seres humanos, por ello su delegación es una forma de contribuir a perpetuar las discriminaciones.*

Capítulo 5
Una aventura «top»: la propia compañía

Hay vivencias que inevitablemente acompañan el vivir. Una de ellas es la de la soledad, de la cual suele no tenerse registro hasta que se producen ausencias. Con frecuencia se responsabiliza en exclusividad a dichas ausencias por las sensaciones de soledad que generan y que no suelen ser gratas. Sin embargo, la responsabilidad de nuestras soledades no tiene como fuente única la ausencia de otros. Es sabido que existen distintas formas de compañía, así como diferentes soledades. En este capítulo intentaré poner en evidencia que la soledad que mayor vulnerabilidad genera en las mujeres que transitan la edad de la madurez es aquella que surge de la *ausencia de la propia compañía*. Intentaré también poner al descubierto algunos de los obstáculos que entorpecen el acceso al propio acompañamiento y los posibles recursos para lograrlo.

Compañías y soledades del vivir en la juventud y en la madurez

Es posible comprobar que en la juventud, habitualmente, las vivencias de soledad suelen estar asociadas a la falta de compañías en el entorno, entre otras cosas porque los proyectos propios de esos tiempos —parejas, familia, actividades laborales y compromisos sociales— cubren

a pleno los tiempos y espacios disponibles. Los horizontes por conquistar en las épocas juveniles se van abriendo camino en pos de los deseos de futuro y la vivencia de soledad suele ser algo de lo cual se toma conciencia cuando dichos deseos se frustran. En la edad de la madurez, la mayoría de los compromisos asumidos en la juventud, en mayor o menor medida, llegan a su culminación dejando tiempos y espacios disponibles que suelen despertar vivencias que se identifican como soledad aun cuando no se trate de eso. También en esta edad suele suceder que los intereses cambian y las ambiciones personales modifican sus rumbos, produciendo modificaciones en el entorno habitual. Hay personas que dejan de estar presentes porque toman otros rumbos o porque nuestros propios derroteros los dejan a la vera de nuestro devenir. Es así como muchas de las personas y actividades que antes cubrían nuestros espacios —y satisfacían nuestro anhelo de compañía— quedan fuera del panorama actual y esto deja al descubierto horizontes desconocidos. Una mujer comentaba:

> *Nunca me imaginé que podría sentirme sola aunque estuviera acompañada. Ahora que los hijos se fueron de la casa, la vida se ha vuelto un poco aburrida y aunque con mi marido nos seguimos queriendo, la verdad es que me siento sola.*

La vivencia de soledad a la que se refiere nuestra protagonista viene acompañada con un halo de sorpresa. Probablemente, la situación la toma desprevenida porque debía haber estado demasiado ocupada con los compromisos familiares asumidos, sin tiempos ni espacios para imaginar algo distinto. Sin embargo, cuando se presenta «lo distinto», registra una profunda sensación de que hay «algo» que le está faltando y ello le produce confusión; es consciente de que en su vida se están produciendo cambios, pero ello no le resulta suficiente para justificar esa

nueva vivencia de soledad, ya que sigue contando con la compañía de una pareja que le es grata. Es como si se estuviera preguntando: «¿Por qué me siento sola, si en realidad sigo acompañada? ¿O será que a pesar de estar acompañada con alguien, eso no cubre todo lo que necesito para no sentirme sola? ¿Será que necesito otra cosa?»

Una sorpresa que se las trae

Las sorpresas tienen el mérito de ampliar nuestros horizontes, y este comentario nos abre puertas para tratar de comprender el origen de esta inesperada —y aparentemente injustificada— vivencia de soledad a la que hace referencia nuestra protagonista.

Fue necesario que corriera mucha agua en pos de las conquistas femeninas para que las mujeres se permitieran darle importancia a sus sensaciones y manifestarlas sin sentir que estaban haciendo algo totalmente incorrecto. Este no es un tema nuevo pero ha sufrido encubrimientos a lo largo de los siglos.

Se necesitaba mucha lucidez y valentía, como la que tuvo Virginia Woolf para comenzar a correr los velos de semejante obviedad cuando habló del «cuarto propio». Se refería, entre otras cosas, a que el «cuarto propio» tiene un sentido real y simbólico: representa el espacio-tiempo que cualquier ser humano (¡incluidas las mujeres!) necesita para transitar la vida en armonía consigo mismo.

En la vida cotidiana es imprescindible contar con ese «cuarto propio». En ocasiones, se trata simplemente de que, por ejemplo, los niños dejen de golpear la puerta del baño reclamando por sus madres, cosa que no suelen hacer con los padres. Aquí se pone en evidencia que ese comportamiento tan trivial y cotidiano (como tantos otros) es considerado

«natural» y por lo tanto no está incorporado en el psiquismo de madres y padres como una invasión al espacio femenino.

Muy probablemente uno de los motivos que generan la sorpresa en nuestra protagonista es vivenciar que «hay algo que falta» y que se hace sentir cuando se acaba de cumplir el ciclo de la crianza. Hasta entonces, las tareas múltiples —crianza, apoyo afectivo al compañero, responsabilidades laborales y hasta económicas— se superponían cubriendo todo el espacio psíquico (y físico), donde lo exclusivamente personal y propio no tenía permiso ni representación psíquica.

En este sentido, es posible comprobar que existen diferencias llamativas con los varones. También ellos suelen llegar a estar sobrecargados con sus responsabilidades laborales y familiares, pero se supone que «por naturaleza» tienen incorporado que existe un espacio personal que, aunque no puedan satisfacer en esos momentos, es «algo» pendiente que les pertenece por derecho propio y que tratarán de satisfacer cuando les sea posible. Hay incluso quienes defienden ese «espacio personal» por muy ocupados que estén, dedicando tiempo —por breve que sea— a una actividad específica, por ejemplo, deportiva, y esto suele ser tomado con total naturalidad por toda la familia. A nadie se le ocurriría cuestionarlo como suele ser casi siempre cuestionado cuando se trata del espacio personal femenino. No es sorprendente que los primeros en cuestionarlo suelan ser los propios hijos, que también han naturalizado que hay espacios para respetar y otros para invadir.

Este espacio que llamamos «propio», y que remite al «cuarto propio» de Virginia Woolf, es un lugar que satisface un deseo exclusivamente personal. Con frecuencia son los varones quienes pueden defenderlo con toda naturalidad porque se sienten con derechos para eso. Este derecho otorgado por la sociedad patriarcal —como si se tratara de una

característica adherida al ADN masculino— contribuye a que las vivencias de soledad que puedan surgir, cuando llega a producirse algún cambio en las compañías del «afuera», logren ser minimizadas con mayor facilidad.

Siguiendo esta línea de abordaje, resulta muy comprensible que algunas mujeres puedan llegar a sorprenderse cuando se les producen vacantes en sus atareadísimas tareas. Es como si no tuvieran registro de que se les presenta la posibilidad de disponer de «espacio propio» y mayor capital energético para profundizar en la propia compañía, cuando se producen cambios en los acompañamientos habituales. No cabe ninguna duda de que la posibilidad de descubrir y conectarse con los deseos propios que no dependen de quienes las rodean y/o necesitan, es el primer paso para disfrutar de sí mismas, además del disfrute de otros acompañamientos.

«No voy sola… voy conmigo»

La edad de la madurez suele ser «el momento» en que se toma conciencia de que es imperioso reconocer que no son «los otros» los responsables de «esa» soledad y que tampoco pueden satisfacerla porque se trata de una vivencia totalmente propia, que solo puede mitigarse con la propia compañía. Lo que no deja de llamar la atención es que la conciencia de esa «otra» soledad suele ser percibida por no pocas mujeres recién cuando se llega a la madurez.

Una de las razones para que ello suceda reside en los condicionamientos de género que la sociedad patriarcal ha establecido como destino femenino. Entre ellos, decretar que son ellas las responsables de acompañar y favorecer el crecimiento y la autonomía de

sus seres queridos al mismo tiempo que se fomentan sus propias dependencias con el objetivo de seguir alimentando también sus vulnerabilidades. Cuanto más vulnerables se sientan, mayor será la dependencia. Cuanto más dependientes, mayor será la sumisión a los deseos ajenos y menor la confianza en sí mismas. Pero, como afortunadamente siempre existen fisuras, aún en las posiciones más dogmáticas, es sabido que hubo mujeres que lograron enfrentar los condicionamientos patriarcales y que tuvieron plena conciencia de que era muy grato contar con acompañamientos externos pero que era de fundamental importancia contar con la propia compañía. Esta es la que permite disfrutar del entorno sin quedar enredadas en las dependencias insalubres y el temor que genera la inevitable vulnerabilidad que ellas condicionan.

Una mujer comentaba que, cuando decidió viajar al exterior, todo el mundo le preguntaba: «¿Vas sola?» Ella respondía: «No, voy conmigo». Deseo dejar muy claro que contar con la propia compañía no significa privarse del disfrute de compartir con otros sino de evitar perderse disfrutes posibles cuando no hay otros con quienes compartir o con quienes coincidir en la necesidad de satisfacer los propios deseos. El comentario siguiente es muy elocuente:

> *Siempre quise conocer Brasil pero a mi marido no le gustaba viajar y me pasé la vida reprochándole mi frustración. Me quedé con las ganas de conocer el país y también me quedé con una cara de resentimiento espantosa. Fue a pura pérdida.*

No son pocas las mujeres que, transitando la edad de la madurez, un día decidieron hacer la experiencia de realizar un viaje al exterior sin la compañía de parejas, amistades o familiares. Descubrieron con enorme

felicidad que la propia compañía les abría horizontes y también les permitía ponerse en contacto con situaciones y personas impensadas.

La edad de la madurez es una etapa compleja de la vida que no existía décadas atrás. En esos tiempos, la historia de las mujeres se daba por concluida al finalizar la crianza, con la única excepción de funcionar a pleno como una «buena abuela». Es decir, como una continuidad del ejercicio maternal.

Es una edad en que se corre el telón sobre muchas creencias, algunas totalmente ilusorias y fáciles de comprobar, como la idea de que la compañía masculina garantiza protección, cuidado y ausencia de soledad.

Es una edad en la que es posible animarse a explorar horizontes distintos de los que estaban permitidos porque cuentan con la autoridad que surge de saber que «ya se ha cumplido» con los compromisos asumidos.

Es una edad que obliga a pensar en que todo tiempo es finito y, por lo tanto, vale la pena satisfacer los propios deseos y vivir a pleno el presente.

En otras palabras, es una edad que debería ser tomada como una gran aventura, en el sentido de descubrir proyectos inusuales, que solo respondan al propio deseo. Y para esto es imprescindible estar convencida de que la propia compañía es la base sobre la cual se puede acceder a otros muchos acompañamientos.

Los cambios inevitables son desafíos impostergables

El descubrimiento de que es posible vivir teniendo un «cuarto propio» es algo relativamente nuevo para muchas mujeres, incluso para quienes están transitando aún la edad media de la vida. Una mujer que no había llegado a los 50 años comentó:

> *Acabo de separarme por segunda vez pero nunca había vivido sola. Pasé de la casa de mis padres a mi primer marido y luego del primero a la casa del segundo. Pero sola, en un espacio propio, jamás. Y siento que tengo que aprender muchas cosas. Me gusta la experiencia pero estoy desorientada y no quiero establecer rápidamente una nueva pareja solo porque me desorienta vivir sola.*

Es casi obvio decir que los cambios son siempre complejos pero resulta muy interesante comprobar que casi siempre, de forma inevitable, se superponen y conviven los viejos modelos con las nuevas perspectivas. Este comentario nos da una muestra de ello. Se trata de una mujer joven, en la edad media de su vida, que pudo asumir la responsabilidad de separarse (no una vez sino dos veces) cuando consideró que la relación no era rescatable. Sin embargo, a pesar de que se permitió la experiencia de dos rupturas matrimoniales —que significan un desafío de independencia no menor— había perpetuado el modelo tradicional femenino que era pasar de una casa a otra sin transitar la experiencia del «cuarto propio». *Los cambios son siempre una lucha descarnada entre el desalojo del pasado que se resiste y los anhelos de nuevas aperturas*. Es por ello que se requiere mucha paciencia —y tolerancia— con las propias contradicciones mientras se procesan los cambios.

Para la gran mayoría de las mujeres, acceder al «cuarto propio» es una tarea muy laboriosa. Requiere construir un espacio psíquico que no

viene por *default* en el programa de los condicionamientos que la ideología patriarcal ha fijado para el género femenino. Se trata de una tarea artesanal que significa, ante todo, legitimar al interior de la propia subjetividad el derecho a disfrutar de los espacios de independencia que satisfacen aquellos deseos que no son compartibles. El comentario de esta mujer que aún está lejos de transitar la edad de la madurez —y que no se caracteriza por ser una mujer «típicamente tradicional»— deja al desnudo que los mandatos patriarcales gozan de muy buena salud y siguen perpetuándose aún en las mentes más contestatarias.

«Ahora que puedo… quiero otra cosa»

En los tiempos actuales, son muchas las mujeres que transitan la edad de la madurez y circulan por la vida fuera del matrimonio porque se separaron o enviudaron. Muchas de ellas son mujeres activas que no se quedaron en el pasado y suelen añorar las compañías masculinas pero no están dispuestas a retornar a los antiguos modelos. Imaginan otros formatos de relación porque no desean perder algunas de las libertades descubiertas en la experiencia postmatrimonial. Anhelan acompañamientos que no respondan al modelo *full time* de las épocas juveniles. Los siguientes comentarios dan cuenta de esto:

> *Yo no estoy segura de querer «una pareja» como la que tuve en otros tiempos, ahora que aprendí a disfrutar de mis espacios y tiempos sin tener que rendir cuentas. Lo que extraño es el abrazo reconfortante y el disfrute de otra piel que siempre lo atribuí al convivir en pareja.*

> *En estos momentos no me interesa la convivencia. Ya la experimenté y a pesar de considerarme muy independiente me*

sucede que cuando estoy en pareja siempre termino ocupándome de los dos y tratando de hacerle la vida más fácil al otro. Lo que me hace sentir en soledad es la falta de disfrute sexual.

A nuestro alrededor, es posible comprobar que se incrementa el número de personas —en su mayoría mujeres— que son capaces de mantener una relación afectiva pero no incluyen la convivencia *full time* como estilo de pareja. Suelen comentar que lo más atractivo de esa modalidad es la libertad de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida cotidiana sin sentirse obligadas a consultar todo ni tampoco a ser cuestionadas de forma permanente. Se trata de las pequeñas cotidianeidades de la convivencia: tender la cama o dejarla deshecha, ordenar o desordenar a gusto, colgar cuadros o dejar la pared desnuda, desayunar temprano o tarde, mirar la TV por la noche o apagarla para escuchar música o leer a gusto, cocinar o simplemente hacer una picada como cena, prender la luz por las noches para leer en la cama o levantarse para no molestar al compañero, etc.

Parecen nimiedades pero, en realidad, son los pequeños hilos que sostienen y tejen la red de la convivencia. Se trata de esas pequeñas diferencias que producen grandes satisfacciones o grandes insatisfacciones. Muchas de las mujeres que transitan la edad de la madurez comienzan a sentir que disfrutar de la compañía masculina no implica necesariamente perder los espacios de libertad que descubrieron y que aprendieron a disfrutar cuando la vida, en sus inesperadas volteretas, las puso en contacto consigo mismas ofreciéndoles la oportunidad de descubrir el propio acompañamiento. Para muchas de ellas, en ese momento comenzó la gran aventura de construir la propia compañía que —insisto una vez más— no significa renunciar a otras compañías también anheladas.

¿Solita o acompañada?

El lenguaje popular suele ser el que expresa y pone al desnudo de manera inequívoca los mandatos culturales. Aún hoy, con los cambios sociales que son de dominio público en relación con las mujeres, todavía es posible escuchar lo que era uno de los piropos masculinos más habituales con el que se pretendía seducir a una mujer que transitaba por la calle sin compañía masculina: «¿Solita o acompañada?»

Se trata de un supuesto piropo que, por debajo de la propuesta de ofrecerse como acompañante, está afirmando que la falta de compañía masculina para una mujer significa transitar la vida en soledad. Asimismo, queda implícito que la compañía que mitiga la soledad femenina proviene necesaria y exclusivamente del «afuera». En realidad, una de las vivencias profundas que se ocultan debajo de este supuesto piropo es —nada más y nada menos— la vivencia de soledad existencial que afecta tanto a mujeres como a varones. Una de las estrategias más exitosas de la ideología patriarcal ha sido alivianar a los varones de esta ingrata vivencia existencial al imponerles ser los «protectores» del otro género. *Es sabido que cuando alguien se instala como protector de otro, su propia desprotección se disfraza de potencia*. Pero como todo tiene su costo, a cambio de su «destino protector» ellos se ven obligados a cargar con una responsabilidad que los excede y que no siempre pueden satisfacer. Tal vez este sea uno de los muchos motivos que alimentan las violencias masculinas sobre las mujeres, con la cual inconscientemente intentan minimizar sus vivencias de frustración e impotencia.

Volviendo al piropo, es necesario poner al descubierto que no se trata de una responsabilidad exclusiva del género masculino sino que pertenece a la cultura patriarcal en la que están insertos tanto los

hombres como las mujeres. Por este motivo, es posible encontrar la contrapartida complementaria de este piropo en boca de algunas mujeres que también responden a la misma cultura. No es raro escuchar que algunas están convencidas de que si lograran encontrar una pareja, resolverían sus soledades y la vida volvería a ofrecer nuevos horizontes. Una mujer comentaba:

> *No puedo quejarme, estoy sana y mis hijos están bien haciendo sus vidas, pero me hace falta una pareja. No tolero que me vean sola.*

Es cierto que nuestra sociedad, en las últimas décadas, ha dejado de mirar con malos ojos a las mujeres que circulan solas por el mundo. Ya no resultan sospechosas cuando cenan solas en restaurantes o concurren al cine sin compañía o viajan y transitan por lugares ignotos. El mundo exterior ha cambiado bastante, pero sin embargo, el mundo interior de muchas de ellas sigue creyendo —y esperando— que la presencia masculina erradique las sensaciones de soledad. En estos casos, el reclamo de la presencia masculina no tiene por objetivo satisfacer el deseo de compartir gratamente momentos de la vida sino de mostrarle al mundo que «ella no está sola».

La imagen de la mujer sola como poco meritoria continúa grabada al interior de la subjetividad femenina aun cuando la realidad exterior le muestre lo contrario. Por eso existe lo que podríamos llamar «portación de hombre» como garantía de aceptación pública.

En algunos lugares del mundo, sin ninguna duda, el acompañamiento masculino es garante de seguridad, pero también en aquellos otros lugares que funcionan con mayor equidad y respeto entre los géneros, la presencia masculina sigue siendo garantía de respeto. Es bien sabido que si una mujer va acompañada por un varón al taller mecánico para

hacer arreglar el desperfecto de su propio coche, evitará ser estafada o tratada con desconsideración. La «portación de hombre» es una forma encubierta con que algunas mujeres (y algunas muy independientes) siguen respondiendo a un modelo patriarcal que impone la «protección» de los hombres para consolidar el poder masculino. Dicha «portación» poco tiene que ver con el hecho de compartir con un hombre espacios de disfrute mutuo.

Para el modelo patriarcal, una mujer está sola cuando carece de compañía masculina porque, entre otras cosas, resulta inconcebible que una mujer pueda tener un mundo propio y, por lo tanto, contar con su propio acompañamiento y prescindir de la presencia masculina como imposición. Al sistema patriarcal le molesta enormemente que disminuya la dependencia femenina porque el hombre no tolera perder privilegios y también porque se trata de una distribución del poder que pretende controlar la autonomía de las mujeres.

Considero que es de capital importancia correr los velos que ocultan los obstáculos reales que entorpecen la construcción de la propia compañía en las mujeres. Por eso mismo, también considero que es imprescindible tomar conciencia de que modificar lo que se ha mamado de la cultura patriarcal es una tarea muy laboriosa, que implica un proceso y que, por eso mismo, resulta inevitable luchar contra las propias resistencias al cambio.

Como ya sabemos, los cambios (tanto sociales como individuales) no son simples y tampoco lineales. Por ello, es una aventura apasionante lanzarse a construir en la subjetividad femenina el propio acompañamiento. Es posible pensar que en la edad de la madurez es cuando más resulta necesario abordar esta aventura, que sin ninguna duda es de una envergadura mucho mayor que cualquier otra.

En pos de la propia compañía: un peregrinaje hacia proyectos personales

Lo que entendemos como «propia compañía» tiene su asiento en un espacio subjetivo e individual que indudablemente no vino por *default* en los orígenes de la humanidad. En aquellos tiempos remotos, los seres humanos se vieron en la necesidad de agruparse para enfrentar juntos las dificultades del entorno. Era una cuestión de supervivencia. El crecimiento progresivo de la población y el progreso de la organización social trajeron aparejadas, entre otras cosas, la diversificación de roles y la distribución del poder sobre los recursos materiales y humanos. El sometimiento de unos sobre otros fue una de las estrategias privilegiadas de la expansión. Tribus sobre tribus, naciones sobre naciones y hombres sobre mujeres. Se trata de una distribución del poder que afecta muy especialmente a lo que, a mi entender, son los dos capitales más valiosos de los seres humanos: el tiempo y el espacio. Es decir, el tiempo en el que transcurre la vida y los espacios en que se despliegan las prácticas y los anhelos personales. No nos cansamos de comprobar a nuestro alrededor que quien detenta el poder se siente con derecho a usar dichos capitales en su beneficio exclusivo y siempre a expensas de «los otros».

Es en este punto donde deseo plantear que una de las formas que adopta la libertad humana reside en disponer de tiempos y espacios privados para satisfacer aquellos anhelos que no son compartibles o simplemente que no coinciden con los gustos y necesidades de quienes nos rodean.

El género femenino ha estado condicionado para estar pendiente de las necesidades ajenas y satisfacerlas lo mejor posible. Esto significa, entre otras cosas, que los tiempos y espacios femeninos tienden a estar orientados preferentemente hacia el afuera de sí mismas, lo que produce algo así como un vaciamiento personal. No es de extrañar, entonces, que en los momentos en que se producen cambios que dejan espacios y tiempos disponibles aparezca una extraña vivencia de soledad. Al quedar «desocupadas» por dejar de satisfacer las necesidades ajenas, aparece algo así como una desorientación por la falta de hábito de disponer de un espacio propio. Ese espacio es el que ofrece la tierra fértil para que crezca y se desarrolle la vivencia del propio acompañamiento.

Las ideologías patriarcales asignaron al género masculino el derecho sobre los espacios y tiempos femeninos, lo cual ha dificultado enormemente que las mujeres puedan sentir con naturalidad el derecho a un espacio propio. Es por ello que la recaptura de algo que es inherente a cualquier ser humano se convierte, para el género femenino, en un peregrinaje en pos de proyectos que no estén supeditados a las demandas ajenas. En la edad de la madurez, este recorrido adquiere una evidencia aplastante y se impone la necesidad de satisfacer «eso que siempre me gustó y nunca me permití», «ahora que ya cumplí con los compromisos asumidos», cuando la perspectiva temporal es mensurable.

Llegado este momento, es posible afirmar que se trata de una verdadera aventura y no son pocas las preguntas que claman por alguna respuesta:

¿En qué consiste la compañía que se añora en estas edades cuando ya quedaron al descubierto las ilusiones ilusorias?
¿Qué características presenta «esa» soledad que nos inquieta y a la que se suele confundir con falta de compañía ajena?
¿Es realmente «un otro» el proveedor del bienestar anhelado o es una ilusión que permite evadir algo más de fondo?

Es claro que no son preguntas fáciles de responder y tampoco hace falta que nos sintamos obligadas a llegar al fondo de ellas. Pero es posible comprobar que el solo hecho de animarse a desenredar parte de su trama suele abrir alternativas impensadas y disfrutes posibles.

Recursos viables para que la soledad existencial no entorpezca el disfrute de vivir: los proyectos personales

A poco que iniciemos el trayecto en pos de esclarecer el significado del propio acompañamiento, se impone reconocer que existe una soledad particular que es propia del ser humano e imposible de tapar con sucedáneos o de negar adjudicándosela a un malestar pasajero. No es una soledad transferible y, por más que intentemos obviarla, surge vivita y coleando a la vuelta de cada esquina. Se trata de una soledad existencial que es propia de todo ser humano y que suele ser expresada socialmente con una frase impiadosa que todos reconocen pero pocos asumen: «Nacemos solos y morimos solos». Ambos extremos son los que marcan la ruta personal de los seres humanos en este mundo y quien puede responder por ello es la filosofía. Lo que aquí nos interesa es abordar el trayecto de la vida y los recursos viables para hacer que dicha soledad existencial no entorpezca el disfrute de vivir.

Con la proa en dicho objetivo voy a insistir en señalar que la soledad existencial es intransferible y no acepta sucedáneos. Pero también voy a insistir en que es posible amigarse con ella en lugar de escaparle. *Uno de los recursos para incluir la inevitable soledad existencial e instalarla como acompañante creativo reside en construir un espacio subjetivo para el propio acompañamiento por medio de proyectos personales*. A mi entender, los proyectos personales son aquellos con los que es posible satisfacer los deseos propios que no están destinados a cumplir con los mandatos sociales ni con las exigencias ajenas, que tampoco se utilizan como moneda de cambio para conquistar un amor y que no tienen por función llenar la vida con infinitas actividades para escaparle a los tiempos disponibles. No me refiero a los «grandes proyectos» de la vida que suelen programarse en la juventud, sean sociales, laborales o familiares. En la edad de la madurez, los proyectos personales suelen tener otros objetivos y otras dimensiones porque llegó la hora de darse los gustos.

Con el paso de los años, muchas personas logran conquistar un grado de sabiduría interesante. Sin embargo, no deja de llamar la atención que la construcción de proyectos personales suela encontrar no pocos obstáculos. Curiosamente, gran parte de los mismos no provienen tanto de las limitaciones externas como de la *falta de legitimación subjetiva*. Con esto me refiero a la dificultad para sentirse con derecho a satisfacer deseos que no beneficien a nadie en particular sino al propio entusiasmo.

Es justamente en este «espacio» tan subjetivo, personal y propio, donde se asientan las bases para darle legitimidad a la propia compañía por medio de proyectos personales. *Sin ninguna duda, ella es la compañía más leal de todas, la que nunca nos abandonará porque*

reside en nuestro interior y su destino es nuestra vida. En la edad de la madurez, los proyectos personales son una de las mejores estrategias para nutrir los entusiasmos. Y los entusiasmos no tienen edad, solo buscan nuevas orillas.

Nuevas posibilidades para resignificar los proyectos del pasado

Es posible comprobar que muchos de aquellos proyectos «vitales» que ocuparon nuestra vida durante la juventud con la mirada puesta en el futuro llegaron a su culminación al cumplir un ciclo natural. Cuando esto sucede, resulta muy saludable colocar dichos proyectos en el tiempo al que pertenecieron y otorgarles un nuevo significado. En esto consiste la tarea de resignificar. Algunos de esos proyectos, por ejemplo, la maternidad, caducan en sus funciones pero siguen ocupando un lugar importante en el mundo afectivo y esto suele producir muchas confusiones. Es un momento que requiere el reacomodo mutuo entre las generaciones. El significado que la maternidad pudo haber tenido en la juventud no es el mismo que requiere el vínculo actual entre personas que ya son todas adultas. Pero resignificarlo no es tan fácil y una de las dificultades para llevar a cabo dicha resignificación —sobre todo en el género femenino— reside en el peso social que el patriarcado le asignó a la maternidad.

Si echamos una mirada al pasado, comprobaremos que para gran parte de las mujeres que en la actualidad transitan la edad de la madurez no existía la posibilidad de preguntarse si la maternidad era algo elegible. Se consideraba que el «destino de mujer» era ser madre y la ausencia de dicho deseo era considerado un trastorno psicológico. Quien no se casaba a los 20 años «quedaba para vestir santos» y

aquella que comenzara la procreación a los 30 era un «vejestorio» con mal pronóstico.

En esos tiempos, la maternidad era el único proyecto femenino que contaba con legitimidad social y, por lo tanto, también con legitimidad subjetiva. Esos condicionamientos sociales hacían que la maternidad fuera «el» proyecto personal para las mujeres que ocupaba todo su espacio y su tiempo subjetivo. Aquellas que se lanzaron a la tarea ciclópea de llevar adelante algún proyecto laboral (trabajo o estudios) tuvieron que enfrentar la crítica social y sostener la transgresión que ello significaba. Todo esto contribuía a que no pocas mujeres se convencieran de que los hijos eran algo así como una posesión personal. Lo cierto es que no lo son, aun cuando la crianza haya sido una elección con mucho disfrute. Además, hay que considerar que, en la mayoría de los casos, tener hijos forma parte de un proyecto compartido, por lo cual no podemos ignorar que ni los hijos ni el anhelo de posesión son de exclusividad femenina.

Por estos motivos —y por muchos otros—, la culminación de ese ciclo pone al desnudo, descarnadamente, que la soledad existencial sigue en pie y que suele resultar difícil de identificar. Entre otras cosas porque había estado oculta bajo el manto de las enormes responsabilidades con que las jóvenes de esos tiempos transitaron la vida.

En la actualidad, muchas de esas responsabilidades son tomadas por las mujeres jóvenes de manera diferente, entre otras cosas porque muchos varones han comenzado a vivir la función maternal como algo disfrutable y también legítimo para ellos. Pero a pesar de que en algunos casos —no siempre— la incorporación masculina en la tarea de crianza ha significado un alivio para las mujeres, los mandatos patriarcales ya incorporados siguen teniendo un gran peso a la hora de pretender

disponer de energías para poseer algo propio que no sea compartible con las parejas ni esté circunscripto a la atención de los hijos.

En la edad de la madurez se produce, a gusto o a disgusto, el corrimiento de un gran telón y la soledad existencial vuelve a asomar su cara burlona. Es justamente el momento en que los «proyectos personales» —esos que solo satisfacen anhelos propios— cumplen una función negociadora con la vida. Es decir, ofrecen los entusiasmos que en otros tiempos estaban focalizados en la crianza y revalorizan las energías disponibles del momento a cambio de asumir una tarea, prácticamente artesanal, para darle nuevamente sentido a la vida. Como es de dominio público, todo tiene su costo. Y el de construir nuevos entusiasmos es el de tomarse el trabajo de resignificar los proyectos del pasado y darle nuevos significados a los espacios disponibles que la vida suele ofrecer en la edad de la madurez. Es una tarea laboriosa cuyo costo, que no es menor, brinda altísimos beneficios.

La incertidumbre y la inmediatez de los proyectos personales son nuestros aliados

El tiempo sigue siendo un gran misterio que apasiona a los científicos y quita el sueño a muchas personas. Los humanos tienen la manía de medir todo y el tiempo no escapa a esta pretensión. Es sabido que, cuando una persona cuenta con entusiasmos en su vida cotidiana, la noción del tiempo se evapora y el disfrute adquiere eternidad. A la inversa, los aburrimientos le otorgan pesadez y convierten el transcurrir en un aguantar lento e insoportable.

En la juventud, el tiempo es inconmensurable y a casi ningún joven se le ocurre medirlo. Siempre está más allá del horizonte y es previsible que

los proyectos vitales programados en esa etapa sean extensos, con grandes expectativas y pretensiones para que duren varias generaciones.

En la edad de la madurez, se convierte en algo mensurable, lo cual ofrece un sentido más realista. Esto permite construir proyectos viables, aliviados del peso que la eternidad juvenil les asignaba. Ya no importa cuánto puedan durar sino que prendan la chispa del entusiasmo. Tampoco importa contar con certezas garantizables sino que despierten nuestra sorpresa. Es por esto que la magnitud del proyecto no posee ninguna importancia y tampoco la garantía de su definición. Puede comenzar siendo una cosa y terminar transformándose en otra. Puede también generar expectativas que luego no se satisfagan y merezcan ser abandonadas. En otras palabras, puede tratarse de un proyecto minúsculo que carezca de reconocimiento social y hasta de valoración grupal. Asimismo, puede tratarse de un proyecto que esté «pensado en gerundio», es decir, que su continuación y derrotero no cuente con una planificación definida porque «va siendo» y en ese «ir siendo» radica uno de sus mayores atractivos.

Es justamente en este punto donde la incertidumbre se despoja de su mala prensa. Es cierto que la incertidumbre suele resultar muy incómoda cuando se trata de proyectos de gran envergadura que requieren mucho tiempo para su concreción. Pero también es cierto que la aceptación de una dosis necesaria de incertidumbre es lo que hace posible abrirle las puertas a la sorpresa y con ello, darle cabida a los entusiasmos que ponen en marcha la vivencia de aventura.

A diferencia de los planes juveniles, que se proyectan en el tiempo, los años acumulados ofrecen una seguridad que no deja de ser tranquilizadora. Es la de saber que «nada está garantizado» y que a

pesar de ello, la vida sigue su curso con sorpresas impensadas. En la edad de la madurez es posible hacer de la incertidumbre un buen compañero de viaje, cuyo mayor aporte es contribuir a vivenciar la aventura con todo lo que ella tiene de excitante y revitalizador. Se trataría entonces de animarse a jugar el nuevo partido con reglas distintas a las utilizadas en épocas anteriores.

A manera de cierre

El cierre de este capítulo no es un cierre sino una apertura. Es solo el inicio de una nueva perspectiva con la que aspiro contribuir a derrumbar el gran mito que convierte a la edad de la madurez en algo caduco que no merece ser vivido. Este mito, presente en la sociedad, se instala en la subjetividad femenina en total contradicción con la realidad innegable de que la vida sigue viva mientras estemos dispuestas a vivirla. No es una tarea sencilla desalojar los modelos amasados durante siglos que instalaban a las mujeres como ancianas descartables y las marginaban de la sociedad. Sin embargo, el desalojo de este mito, que implica una tarea laboriosa y artesanal tendrá mayores posibilidades de éxito en la medida en que conozcamos los obstáculos y elijamos los recursos adecuados.

El mayor obstáculo reside en el fenómeno de naturalización, que consiste en creer que es «natural» sostener lo que son privilegios ajenos. La naturalización cumple la función de convertir las sumisiones, que fueron asignadas al género como «deberes», en virtudes femeninas.

Algunas mujeres suelen tener actitudes quejosas que despiertan en quienes la rodean malestares y reproches. El motivo de esas actitudes poco favorecedoras casi siempre remite a que dichas mujeres han ido

acumulando a través de los años violencias que fueron encubiertas bajo el manto de la virtud.

Sin ninguna duda, el primer paso para acceder a mayores grados de libertad interior consiste en sacarle el antifaz a la naturalización. Cuando esto sucede, comienza a ponerse en práctica la posibilidad de *darle legitimidad a los propios deseos*. Legitimar significa, sencillamente, otorgarle a los propios deseos el mismo estatus legal que a los ajenos. Sin esa legitimación, se perpetúan subordinaciones y la persona queda instalada como ciudadano de segunda.

En síntesis, el espíritu de aventura no es patrimonio exclusivo de la juventud sino que pertenece al bagaje humano y no envejece con los años; simplemente cambia de ropaje, objetivos y dimensiones. En este capítulo me he permitido otorgarle el significado de aventura «top» en la edad de la madurez al desafío que significa tomar posesión de la propia compañía, enfrentar los mandatos patriarcales, reconocer la existencia de los propios deseos y animarse a dejar de estar pendiente de las necesidades ajenas, todo lo cual permite el empoderamiento de los espacios disponibles que son «propios» y abren las puertas para seguir siendo protagonistas de la propia vida.

Insisto en que un primer paso para reconocer esos espacios disponibles es dejar de llamarlos «vacíos». Sin duda las aventuras pueden adquirir muchas formas y modificar sus modalidades según los tiempos en que se llevan a cabo. Por ello, es posible pensar que *la aventura en la juventud es una necesidad de la especie frente al misterio de vivir, mientras que la aventura en la edad de la madurez no es una necesidad frente a lo desconocido sino el estímulo para volver a vivenciar la excitación de los desafíos*.

A modo de epílogo
Una ventana abierta

Una ventana abierta puede ser una invitación hacia espacios y tiempos nuevos.

Cuando algunas mujeres piensan que en la edad de la madurez ya es tiempo para el recogimiento y para limitar los intereses, otras miran con regocijo la posibilidad de abrir ventanas y experimentar aquello que pueda estar al alcance en lugar de quedarse mirando por detrás del vidrio. Es sabido que toda apertura en pos de algo nuevo implica también desprendimientos porque para poder asir es necesario soltar.

Y es justamente en este vaivén entre la tentación cosquilleante de lo que está «en otro lado» y los temores por soltar la ruta marcada y conocida donde se juega una de las escenas más atractivas en esta edad. Todos sabemos que es una edad con muchos cambios y sigo creyendo que «lo peor es quedarse en el escenario cuando el acto terminó, esperando que las luces se apaguen».

En los capítulos anteriores he tratado de correr algunos de los velos que mantienen a no pocas mujeres escondidas bajo un chador simbólico limitando posibilidades aún disponibles para seguir disfrutando la vida. Mi intención fue poner al descubierto que muchas de las autolimitaciones tienen origen en los condicionamientos que la cultura patriarcal ha

instalado tanto para el género femenino como para el masculino. Las diferencias que ha impuesto entre ambos géneros no son del orden de la naturaleza sino del orden de la cultura. Y es importante comprender que el hecho de que existan diferencias entre hombres y mujeres no es ningún inconveniente. Al contrario, es todo un enriquecimiento. El problema reside en que dichas diferencias han sido jerarquizadas y colocan al género femenino bajo el control y el dominio masculino. Se trata de un modelo de poder basado en las jerarquías y, por lo tanto, generador de privilegios.

Los temas que pude desplegar en este libro, surgieron de los Talleres de Reflexión que coordiné durante los últimos seis años, convocando a mujeres para reflexionar bajo el lema: *Ahora me toca a mí*. Mi deseo es que su lectura pueda contribuir a mejorar la calidad de vida en la madurez y que al mismo tiempo sirva a las nuevas generaciones para que puedan sacudirse lo que aún sigue vigente y plenamente activo, a pesar de los cambios producidos. Llegué a la conclusión de que era mucho más atractivo abordar estos temas desde la perspectiva de una gran aventura vital. A continuación, sintetizaré el eje central de esta propuesta.

La *aventura* de vivir la edad de la madurez es un emprendimiento tan fascinante como laborioso. Lo fascinante reside en el despliegue de horizontes distintos a los ya transitados y en permitirse desplegar la idea de una película distinta a la que fuimos construyendo tesoneramente a lo largo de nuestra vida, como si fuera la única posibilidad y el único puerto de arribo.

La *aventura* en la edad de la madurez es distinta a todas las otras porque requiere coraje para tolerar en una misma perspectivas diferentes para las cuales no existen manuales de instrucciones. Ofrece

la posibilidad de llevar adelante el reciclado de nuestros capitales humanos en pos de otros formatos. Porque no se trata de dejar de ser la que fuimos ni tampoco de renunciar a nuestras concepciones éticas de la vida sino de darle a nuestra capacidad de vivir otras expresiones que no pudieron salir a la luz en los años anteriores, cuando nuestras energías estaban comprometidas en los proyectos juveniles.

Se trata de una *aventura* que no consiste en «patear el tablero» ni tampoco tirar por la borda las cosechas logradas en décadas de laboriosa e infatigable insistencia en transitar lo mejor posible las alternativas elegidas. Lo más atractivo e inquietante de semejante aventura consiste en animarse a construir artesanalmente las estrategias convenientes (según cada personalidad y estilo vital) para llevar adelante el reciclado de nuestros potenciales en pos de nuevos formatos.

Esto significa, entre muchas otras cosas, tomarse el trabajo de desarmar el entretejido nefasto de los condicionamientos del género femenino y renunciar a las soluciones facilistas, como suelen ser las actitudes impulsivas y extremas. En realidad, de lo que se trata es de revisar los códigos que fueron naturalizados, comprender el mensaje insidioso encubierto en muchas frases hechas y, a partir de allí, implementar otras maneras de responder a los escenarios que la vida nos presenta.

La *aventura* consiste en animarse a seguir bailando con músicas diferentes.

Bibliografía

ALBORCH, CARMEN (1999): *Solas: gozos y sombras de una manera de vivir*, Madrid, Temas de Hoy.

BEAUVOIR, SIMONE DE (1987): *La vejez*, Barcelona, Edhasa.

BONINO, LUIS (1998): *Micromachismos*, Madrid, Cecosam.

CHODOROW, NANCY (1978): *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, Barcelona, Gedisa.

COLECTIVO DE MUJERES DE BOSTON (1982): *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, Barcelona, Icaria.

CORIA, CLARA ([1986] 2014): *El sexo oculto del dinero*, Barcelona, Pensódromo 21.

—([1986] 2015: *El dinero en la pareja*, Barcelona, Pensódromo 21.

—(1993): *Los laberintos del éxito*, Buenos Aires, Paidós.

—([1996] 2016): *Las negociaciones nuestras de cada día*, Barcelona, Pensódromo 21.

—(2001): *El amor no es como nos contaron*, Buenos Aires, Paidós.

—(2010): *Decir basta*, Buenos Aires, Paidós.

—(2012): *Erotismo, mujeres y sexualidad después de los* 60, Barcelona, Pensódromo 21.

CORIA, CLARA; COVAS, SUSANA y FREIXAS, ANNA (2005): *Los cambios en la vida de las mujeres*, Buenos Aires, Paidós.

EHREINREICH, BARBARA y ENGLISH, DEIDRE ([1973] 2010): *Por tu propio bien. 150 años de consejos expertos a mujeres*, Madrid, Capitán Swing.

ESTEBAN, MARI LUZ (2004): *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Barcelona, Bellaterra.

—(2011): *Crítica del pensamiento amoroso*, Barcelona, Bellaterra.

FREIXAS, ANNA (1998): «La mires como la mires, no la verás. El doble estándar del envejecimiento en la publicidad televisiva», *Comunicación y Cultura*, nº 3, pp. 29-40.

—(2003): «Abuelas 4x4. La solidaridad de los linajes femeninos», *Mujeres y Salud*, nº 11-12, dossier 11, pp. 29-31.

—(comp.) (2005): *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*, Barcelona, Icaria-UCO.

—(2013): *Tan frescas*, Barcelona, Paidós.

FRIEDAN, BETTY (1993): *La fuente de la edad*, Barcelona, Planeta.

—(2009): *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra.

GIDDENS, ANTHONY (1992): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra.

GILLIGAN, CAROL (2002): *El nacimiento del placer*, Barcelona, Paidós.

GREER, GERMAINNE (1991): *El cambio. Mujeres, vejez y menopausia*, Barcelona, Anagrama.

—1996): *La mujer completa*, Barcelona, Kairós.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, MARCELA (2000): *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Madrid, Horas y Horas.

LEVET, MAXIMILIENN (1995): *Vivre après 60 ans*, París, Flammarion.

LEVERTOV, DENISE (1978): «A woman alone», en *Life in the forest*, Nueva York, New Directions.

LORDE, AUDRE (2003): *La hermana, la extranjera*, Madrid, Horas y Horas.

ORBACH, SUSIE y EICHENBAUM, LUISE (1987): *Agridulce. El amor, la envidia la competencia en la amistad entre mujeres*, Barcelona, Grijalbo.

REGAS, ROSA (2010): *La hora de la verdad. Una mirada a la vejez*, Barcelona, Now Books.

RICH, ADRIENNE (2011): *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Madrid, Horas y Horas.

SCHWARZER, ALICE (1975): *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias*, Barcelona, La Sal.

SHINODA BODEN, JEAN (2001): *Las diosas de la mujer madura. Arquetipos femeninos a partir de los 50*, Barcelona, Kairós.

STEINEM, GLORIA (1994): *Ir más allá de las palabras. Rompiendo las barreras del género: edad, sexo, poder, dinero, músculos*, Barcelona, Paidós.

—(1992): *Revolución desde adentro. Un libro sobre la autoestima*, Barcelona, Anagrama.

THOMAS, ANN G. (1977): *Esa mujer en la que nos convertimos. Mitos, cuentos y leyendas sobre las enseñanzas de la edad*, Barcelona, Paidós.

WOLF, NAOMI (1991): *El mito de la belleza*, Barcelona, Emecé

Sobre la autora

Clara Coria —recientemente galardonada con el **Premio Konex 2016** que premia a las 100 personalidades más destacadas de la última década en la humanidades argentinas en la categoría «Estudios de género— vive en Buenos Aires, Argentina.

Psicóloga clínica, investigadora de las problemáticas del dinero, el poder, el éxito, la negociación y el amor, desde la perspectiva de género, lleva varias décadas de análisis en temas críticos en la vida de las mujeres.

Especialista en coordinación de grupos. Miembro de la Asociación Argentina de Psicología y Terapia de Grupo. Co-fundadora del Centro de Estudios de la Mujer (CEM) de Buenos Aires, Argentina. Conferencista en universidades nacionales y extranjeras.

Además de múltiples artículos y colaboraciones en publicaciones y medios de comunicación (libros, prensa, radio y televisión), su obra comprende los siguientes títulos:

El sexo oculto del dinero (1986)
El dinero en la pareja (1989)
Las laberintos del éxito (1992)
Las negociaciones nuestras de cada día (1997)
El amor no es como nos contaron… (2001)

Los cambios en la vida de las mujeres (2005) (junto con Susana Covas y Anna Freixas)
Decir Basta (2010)
Erotismo, mujeres y sexualidad - Después de los sesenta (2013)

«En mi trabajo me ha guiado la lucha por desentrañar todo aquello que nos impide, a las mujeres, ser verdaderamente autónomas en el mundo de hoy. He comprobado que muchos de esos obstáculos, aunque con signo distinto, también someten a los hombres. Me gustaría creer que mi trabajo pueda contribuir a mejorar la calidad de vida de las mujeres, la de los hombres y la de las relaciones mutuas… me gustaría creer que eso contribuiría a mejorar nuestras vidas y nuestro entorno».

www.claracoria.com

Notas

1. Agradezco a mi colega y amiga Marilén Garavelli, que me regaló esta frase (recibida a su vez por Elena Noseda) en una de esas tardes de charlas inacabables, en Traslasierra, al pie de las sierras cordobesas, en Argentina.

2. Ver nota aclaratoria sobre el «ideal maternal» al final de este capítulo.

3. En mi libro *Las negociaciones nuestras de cada día* (Barcelona, Pensódromo 21, 2016), he desarrollado el tema de las negociaciones cotidianas, partiendo de una hipótesis fácilmente comprobable que fue observar que hay mujeres que son buenas negociadoras cuando deben defender intereses ajenos pero, curiosamente, suelen presentar muchas dificultades cuando se trata de defender los propios. Es sabido que la vida es un universo de diferencias que se resuelven de tres maneras: imponiendo, cediendo o negociando. Cada una de estas alternativas se apoya en distintos valores éticos y suele estar muy influenciada por las ideologías sociales del lugar y momento histórico en el que se vive. La cultura patriarcal condiciona a los varones para imponer, a las mujeres para ceder y circunscribe la negociación al ámbito político y económico. A poco que profundicemos en el tema, es posible comprobar que las negociaciones abarcan todo el universo de la vida y que el nudo de la tarea negociadora reside en la evaluación de los costos. Como lo expresó una empresaria que participaba en los Talleres de Reflexión cuando dijo: «Con los costos se puede hacer cualquier cosa, menos negarlos». En ese libro planteo que las negociaciones con una misma son el punto de partida para abordar cualquier otra negociación. Es lo primero que debemos hacer y lo último que por lo general hacemos. Probablemente esto se deba —entre muchas otras cosas— al encubrimiento intencional de los costos que afectan al género femenino por parte de una sociedad que se resiste a perder las formas de servidumbre que aún persisten bajo disfraces culturales. Mirar los costos de frente no es destruir ilusiones sino abrir las puertas a un futuro previsible y viable. Las negociaciones con una misma son una constante insoslayable en la vida de los humanos, por ello su delegación es una forma de contribuir a perpetuar las discriminaciones.

4. Clara Coria, *El sexo oculto del dinero - Formas de la dependencia femenina*, Barcelona, Pensódromo 21, 2014, págs. 82, 85-87.

5. Ver nota aclaratoria sobre el tema de los «costos» al final de este capítulo.

6. Clara Coria, Barcelona, Pensódromo 21, 2016, pp. 140-143.